

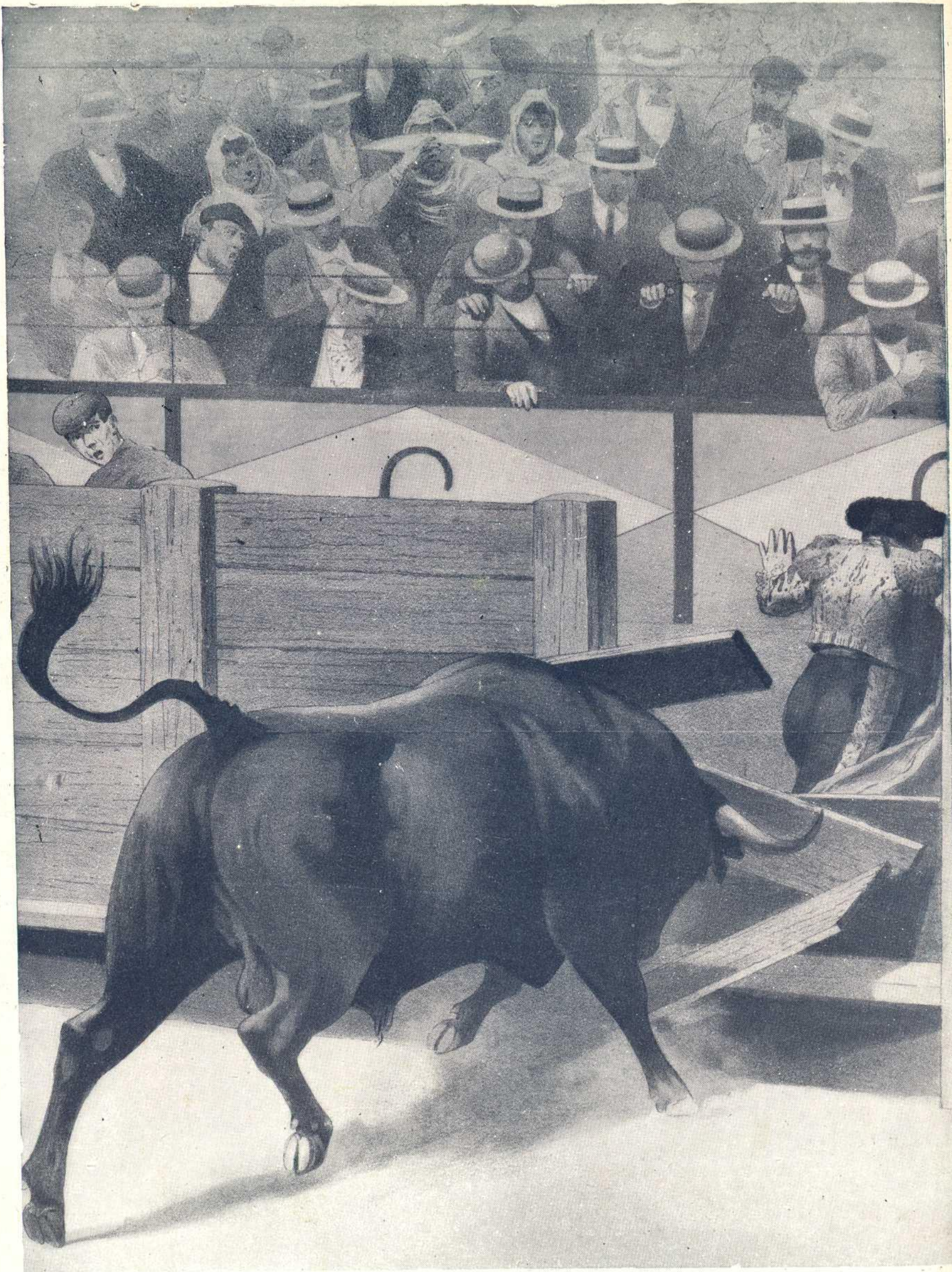
COMPLEMINTO ILLUSTRATO A N. 150 DE MARSA

El Ruedo



150
Pts

AAVEDRA



Un toro de Aleas

(Dibujo de Perea.)

El Puledro



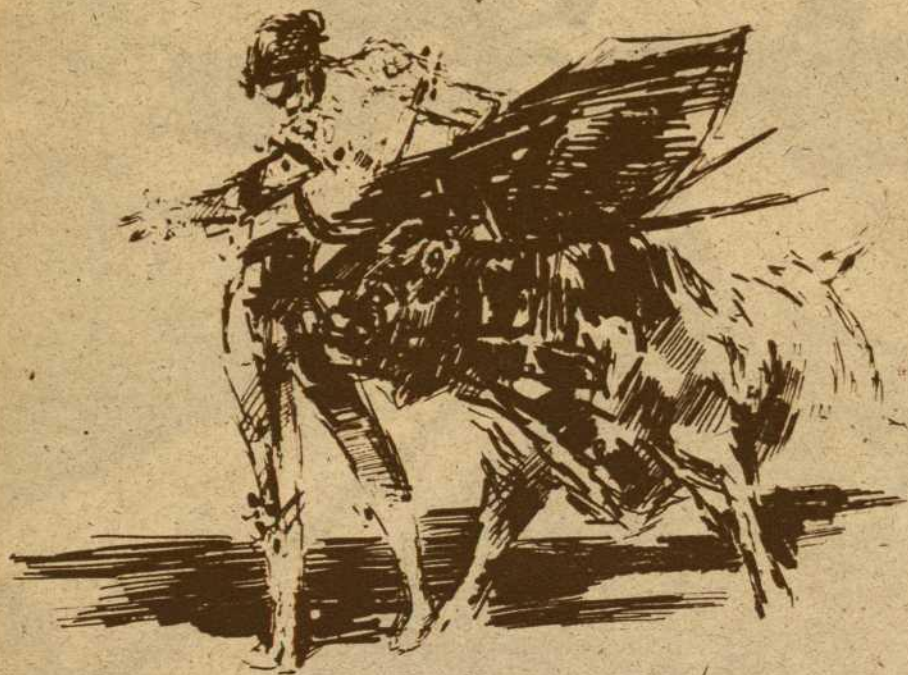
EL LUNES, EN ARANJUEZ

Fermín Rivera, el diestro mejicano, que se presentó por vez primera en España en esta corrida, toreando por faroles a su segundo toro

(Foto Baldomero)

EL LAPIZ EN LOS TOROS

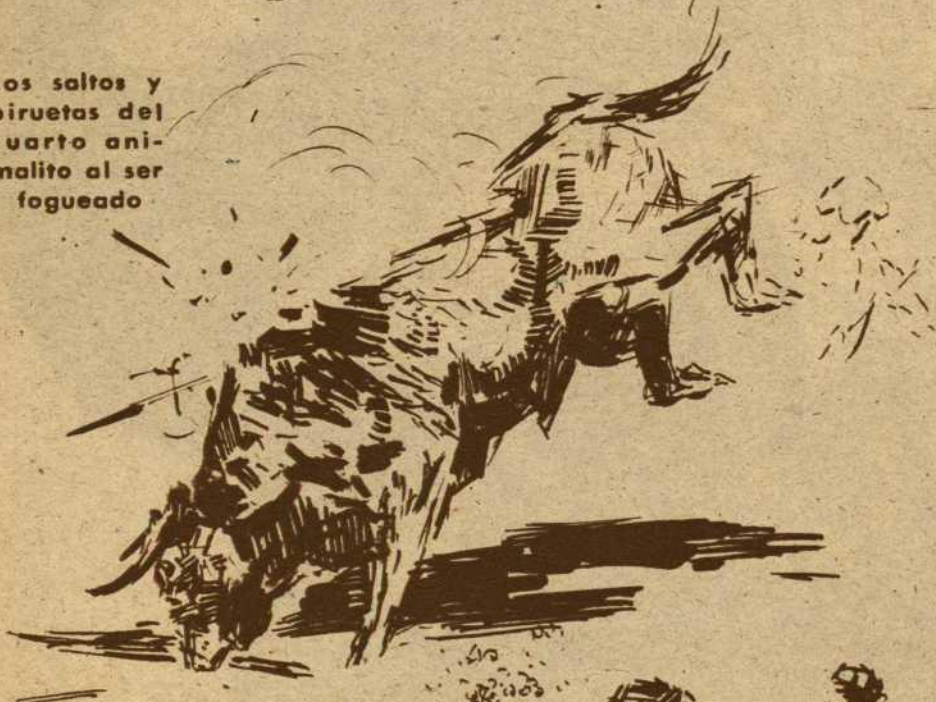
Por ANTONIO CASERO



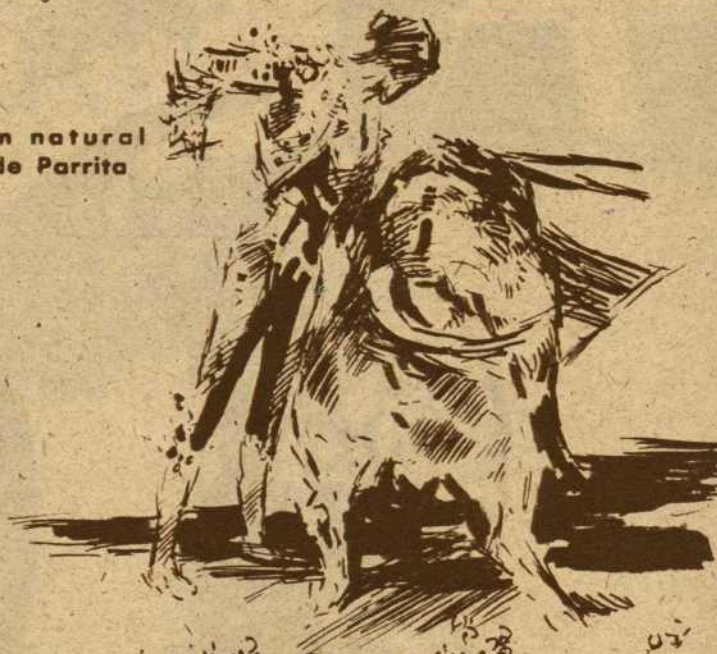
Dos momentos del Choni en su segundo toro



Los saltos y piruetas del cuarto animalito al ser fogueado



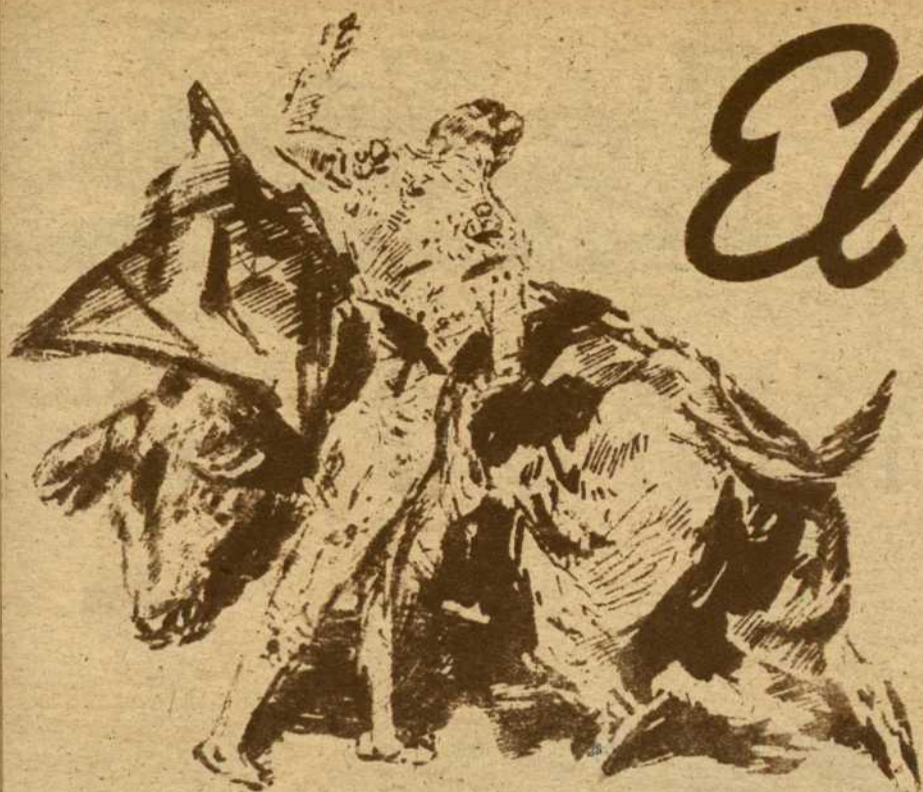
Un natural de Parrita



El Choni saludando al público que le ovacionó al abandonar la Plaza



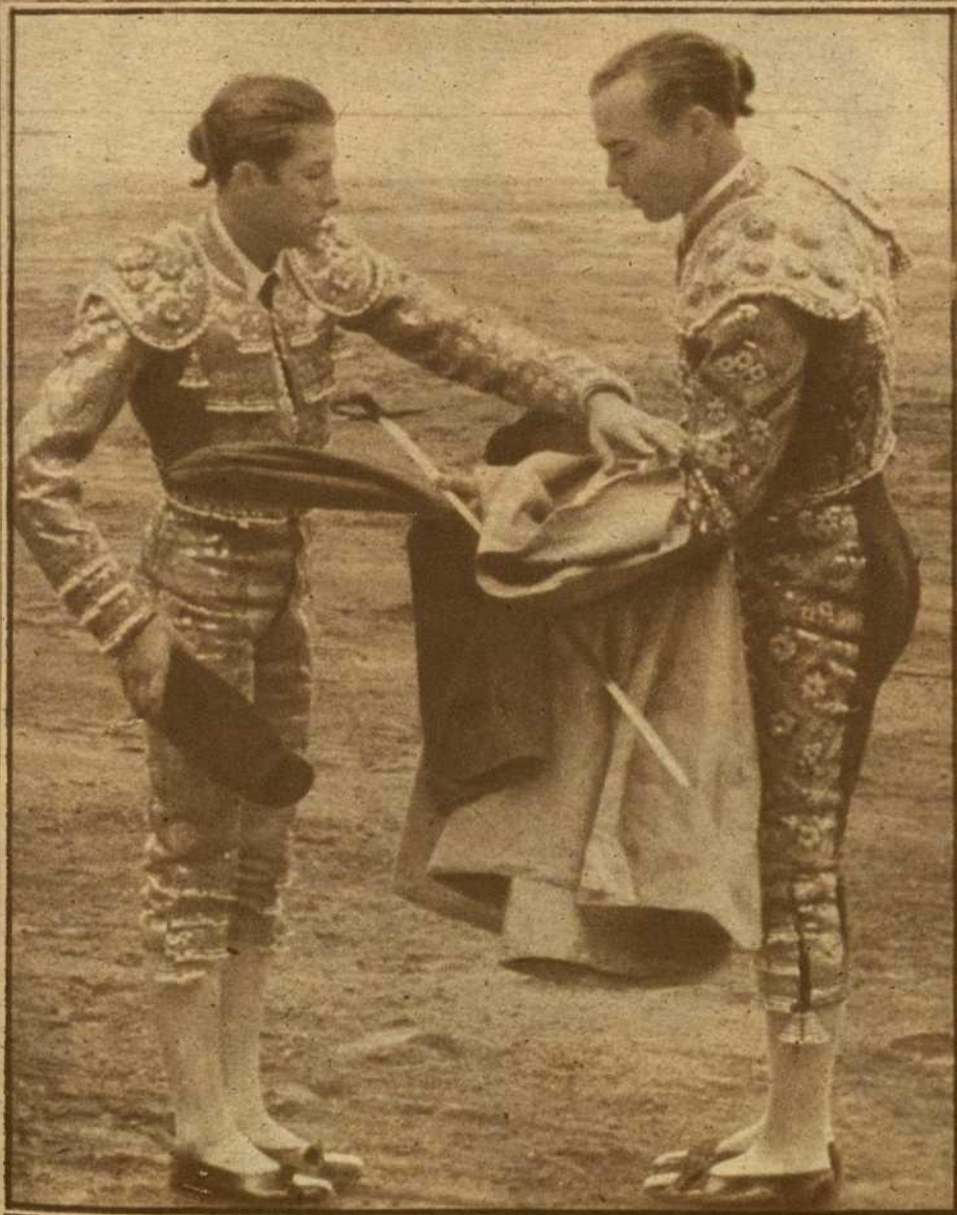
ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -:- Madrid, 6 de septiembre de 1944 -:- Núm. 13



EL DOMINGO, EN BARCELONA

Ortega dando la alternativa a Pepe Martín Vázquez. En la foto, el momento que el nuevo matador sevillano cambia el capote por la muleta
(Fotos Valls.)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Con más de medio centenar de festejos se anuncia el mes de septiembre en estas fechas primeras, sin que la plaza de Madrid aparezca por parte alguna si no es en dijes y directes o comentarios hechos con más ilusión que confianza. La Empresa sabe de sobra que en una improvisación afortunada el público agota las localidades en menos de setenta y dos horas, aunque durante ellas se realicen, según costumbre, las más disparatadas modificaciones, y ¿para qué se va a molestar?

Entre tanto, cuando entregamos estas cuartillas para EL RUEDO, a unos kilómetros de Madrid—¡oh añoranzas de las plazas de Tetuán y Carabanchel!—, se celebra una corrida que para si quisieran los madrileños. El Estudiante, Manolete y el mojicano

Fermin Rivera entendiendoselas con seis Albaserradas en una plaza pueblerina de escaso aforo. Y en esta misma semana en Cuenca, Villanueva del Arzobispo, Guijuelo, Barbastro y Calatayud, por no citar otras plazas mayores, Manolete, el Estudiante, Arruza, Belmonte y otros de postín, toreaan sin descanso.

Está bien claro que la Empresa de Madrid llegó tan tarde a organizar sus festejos, que no encontró fechas libres en ningún diestro, porque con los toros, que parecía haber madrugado un poco más, le ocurre, por ejemplo, que sus Domeqs se quedan en Cádiz—¡como los viajes son tan pesados!—o que otras divisas que ya estaban aquí—¡como es una delicia viajar!—se las llevan a otra parte. Y no pasa nada.

Lo que se dice nada, si no tenemos la fortuna de que alguna obra benéfica necesite organizar un espectáculo taurino para engrosar su activo.

Pero la temporada toca a su fin, y hartos todos de aburrimiento—no debido a los naturales altibajos de la fiesta, sino a la pésima organización de los carteles—, ¿no sería oportuno arrebar resueltamente—quien pueda—por lo menos la organización a tan torpes manos? ¿Es que no es posible, empezando por aquí, devolver a la plaza madrileña su rango de primera del mundo?

Quien se decida tendrá, sin duda, que realizar sacrificios; pero sin duda también debe saber que el público madrileño le corresponderá con holgura. El que más y el que menos, pagará sus boletos al precio que le digan con tal de disfrutar siquiera la presentación de una novedad, la repetición de ciertos diestros o la reaparición de otros que como el Andalúz guardan su ciencia taurina para las plazas de provincias.

Es mucho aguantar eso de que los aficionados que más dinero aportan cada temporada a la fiesta de toros tengan que saber por reseñas, críticas y resúmenes qué toreros pegan y qué toreros vienen pegando, qué ganaderías van a más y qué ganaderías vienen a menos.

Y a propósito de ganaderías, ¿es que no es posible que los toros se pesen antes de ser lidiados? ¿Es que es necesario confiar a ojo de buen cubero—que ya sabemos que es mal cubero y peor ojo por lamentable experiencia—eso de que los toros tengan el peso reglamentario?

Mé parece a mí, como a la mayor parte de los aficionados, que ciertas básculas, instaladas ya, podrían evitar esas sanciones a posteriori, cuando ya hemos stragado el paquete. Y donde no estén instaladas, que se instalen. ¡Es tan sencillo...!

Porque digo yo, ¿por qué nos van a dar gato por liebre cuando pagamos liebre y no gato?

De mirar los dientes y las pesuñas, no digo nada, porque eso ¡debe dar un miedo...!

La corrida del domingo en MADRID



SEIS novillos de DONA CARMEN DE FEDERICO para BONI, EL CHONI Y PARRITA

RESEÑA

Tarde magnífica y Plaza llena. Preside el señor Caruncho. Murube para Boni, El Choni y Parrita.

Primero.—Murube. Boni lancea movido. Una vara y el novillo se cae tres veces. Al corral. (Aplausos a la presidencia.) Sale otro Murube, gordo. Boni lancea despegado. Cuatro varas. Dos quites del Choni (Ovación.) Tres pares. Muletea por bajo y en series de redondos sin aguante. Altos y naturales movidos. Trasteo y una entera y descabello. (Pitos.)

Segundo.—Murube. Choni lancea valiente. Dos varas y se cae, sin poderse levantar. Al corral. (Aplausos a la presidencia.) Sale uno de Bartolomé. Choni lancea y sale revolcado y con un palotazo en la cara. Tres varas. Quite valentísimo del Choni. (Ovación.) Otro de Parrita, que se aplaude. Dos pares. Choni comienza por alto, dobla por bajo, tironea y salva las tarascadas, sin perder la cara, intercalando pasajes lucidos con ambas manos. Trincherazos naturales y molinetes. Mata de una entera. (Ovación, oreja—que tira al estribo—, vuelta y saludo.) Pasa a la enfermería.

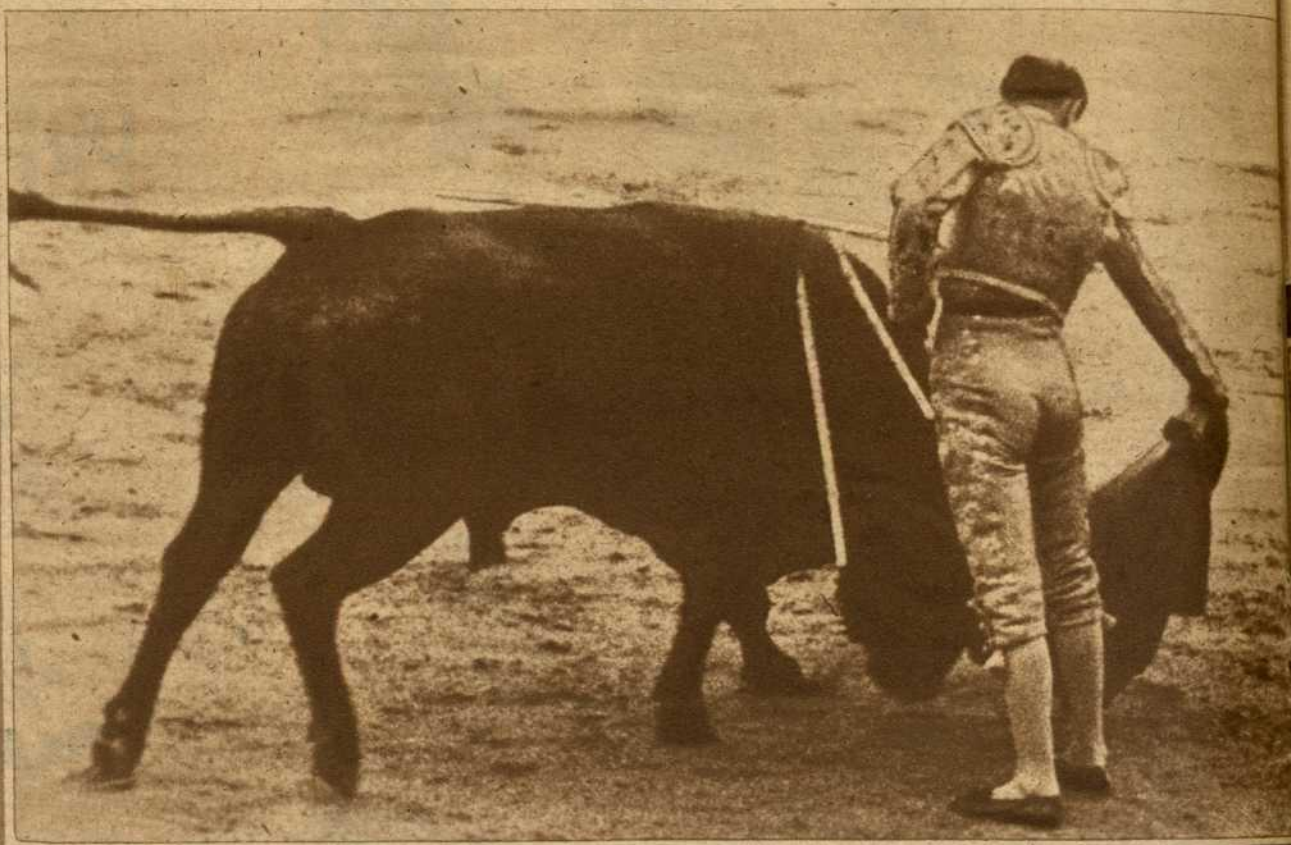
Tercero.—Murube. Parrita veroniquea bien. Tres varas y dos quites estupendos de Parrita. (Ovación.) Dos pares. Brinda en el centro y dobla por bajo. Altos y cuatro series al natural que se ovacionan. Manotetas. (Ovación.) Un pinchazo, una entera y descabello. (Ovación, vuelta y saludo.)

Cuarto.—De Félix Gómez. Boni lancea medroso. Una vara de refilón y el bicho huye de los montados. Fuego. Dos pares y dos medios pares entre brincos y botes. Está peligroso. El Boni larga tres pases huyendo. Mata de un golletazo, dos pinchazos, media volviendo la cara y cinco descabellos. (Pitos.)

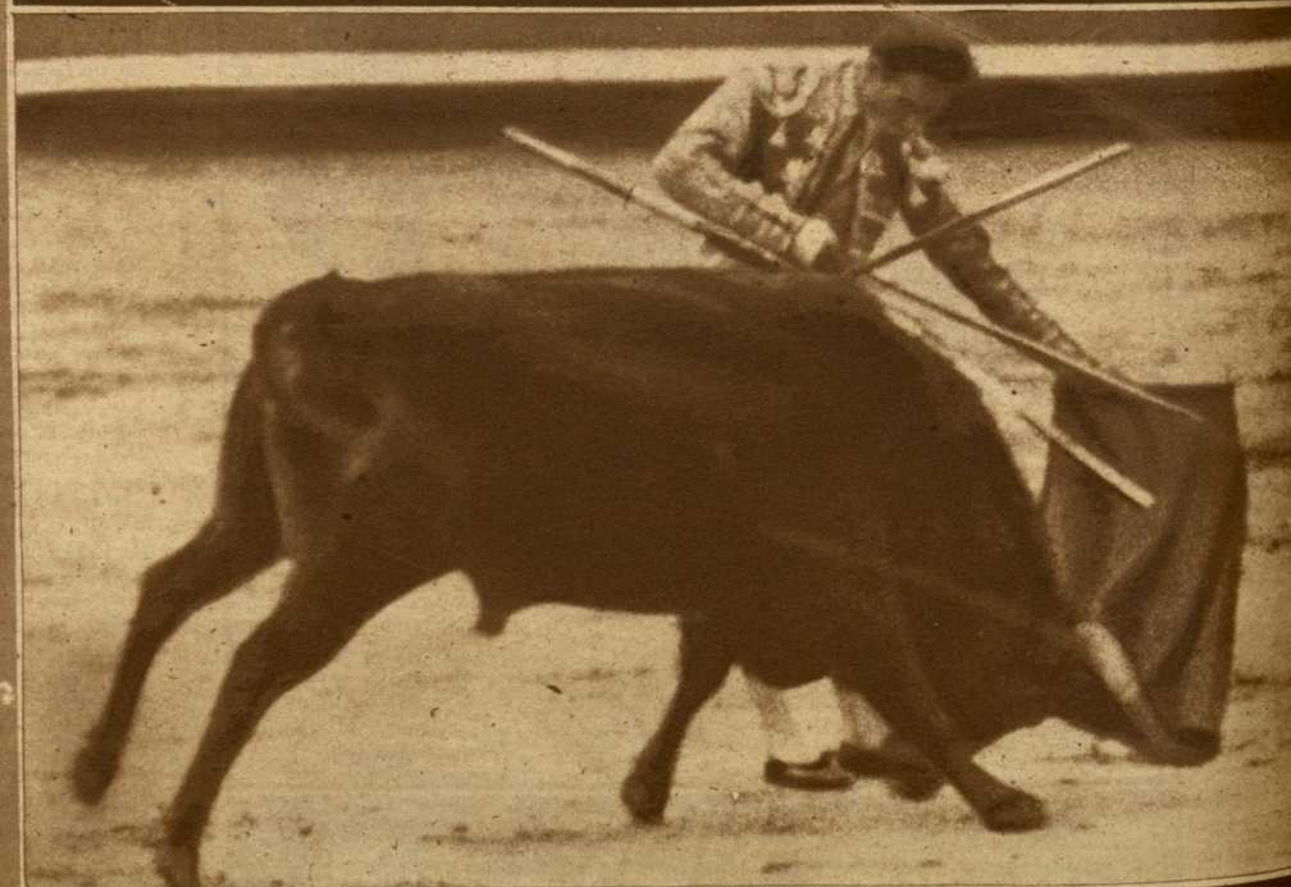
Quinto.—De Aleas y colorao. Choni lo recoge y al perder terreno se da un golpe en el burladero. Tres pares a novillo quedado. Quites de Choni y Parrita. (Palmas.) Tres pares buenos los de Pepe-Hillo: Choni comienza por bajo y al natural. Se queda el bicho y lo tira hacia los medios, donde hace una gran faena entre ovaciones. Naturales, de pecho, de costadillo, altos, en redondo y molinetes. Juega de muñeca con el toro. Tres pinchazos entrando con ganas. Un descabello (?). Por fin, una estocada hasta la mano. (Ovación, dos vueltas y saludo.)

Sexto.—De Bartolomé. Parrita lancea con mucha tela. Tres varas. Quite de Choni, verónica y media. (Muchas palmas.) Par y medio. Parrita hace una valiente faena con series de naturales, sobresaliendo la segunda serie, que se ovaciona, y mata de media trasera y dos descabellos. (Palmas.)

Boni desaparece por escotillón, se ovaciona al Choni y unos enrgúmenos silban a Parrita, motivando la reacción general.



Rafael Perea, Boni, en un derechazo por bajo a su primer novillo, en la corrida celebrada el domingo en Madrid



Jaime Marco, Choni, toreando al natural a su primer novillo, del que cortó la oreja, dando la vuelta al ruedo

JUICIO CRITICO

Exámenes de septiembre

Miren ustedes por dónde la novillada, a fuerza de retales y parches—cuatro ganaderías por seis novillos—, vino a quedarse muy apta para calificar como en examen, por la diversidad de sus papeletas. Desde el novillo ideal hasta el idéntico y peligroso, salió por los chiqueros un muestrario que permite afinar el juicio lo bastante en posibilidades, cosa que para la novillería es lo más interesante. Así que puede darse la voz y el juicio:

—Señor Rafael Pérez, Boni. Le ha correspondido un Murube suave y blando. Tanto que a la segunda vara



Los tres matadores en el callejón antes de comenzar la corrida

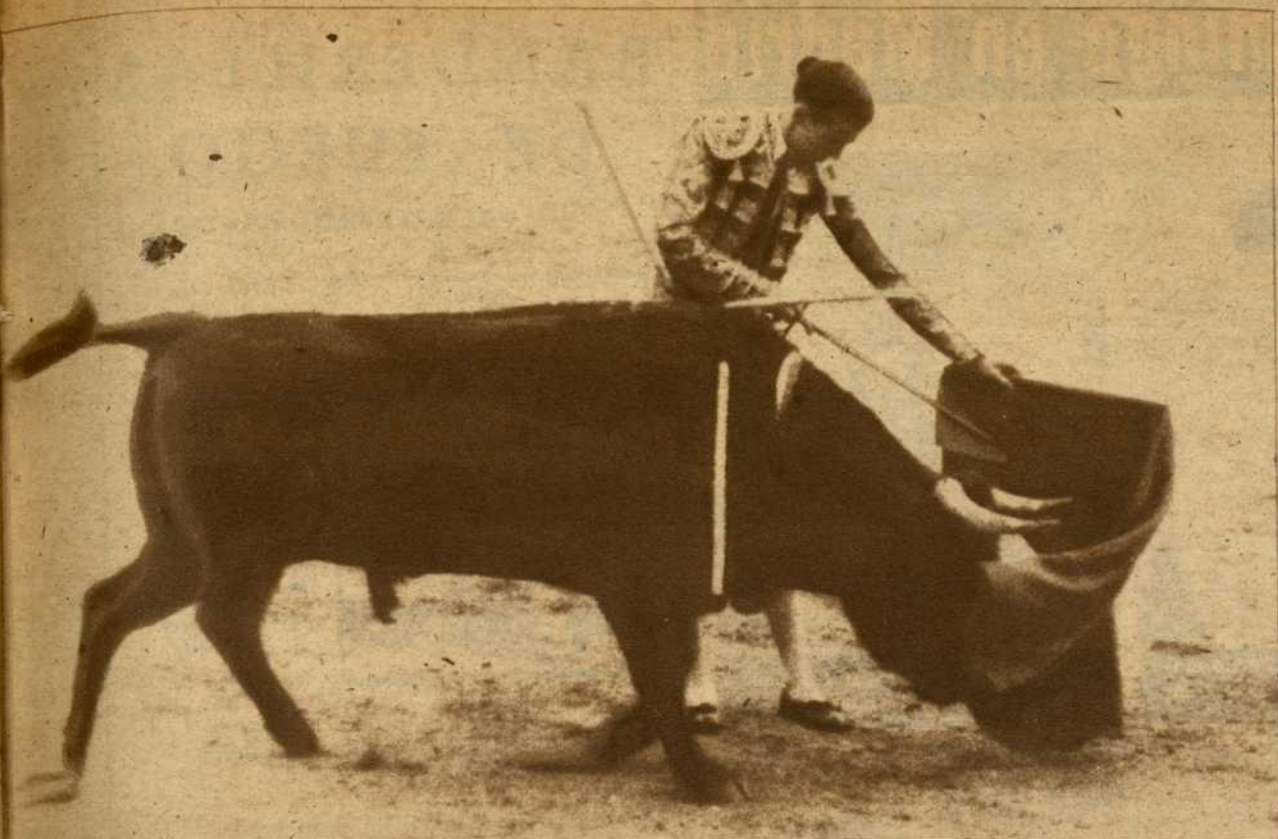
no podía ponerse en pie. El señor Caruncho—vaya un aplauso para él por irse de corazón junto al paciente aficionado; ¡como sería la cosa, él que tan justamente defiende el Reglamento siempre!—lo mandó al corral. Salió otro Murube, gordo y luciente. Era suave y noble, y usted no ha hecho sino lancear con movimiento y monocoardear en redondo fatigosamente y con poco aguante de piernas. Lo ha desperdiciado —uno más en esa lista de buenos ganado que le va saliendo—malamente y con oficio apenas. Mca. Le ha tocado un sobrero de Félix Gómez, manso, cobarde y peligroso desde 5m de fuego. Tres trapazos huyendo y a matar como se pudo, que fué muy mal. No por éste y más por el otro, suspendido. Ya se habrá quedado para septiembre desde no sé cuántos junios.

—Señor Jaime Marco, Choni. Para usted, sobresaliente, sin duda alguna, a pesar de que no ha lo grado hasta el cuarto viaje y un descabello la escocada que le hubiese dado el gran triunfo en su segundo. Ha estado usted enormemente valiente y en torero cuajado, enterado y seguro durante la lidia de los cinco toros en que ha pisado la arena. El de Bartolomé que lidió en primer lugar—otro inválido de Murube al corral. Bien, señor Caruncho—tenía genio y dificultades. Se ha revolcado al lancear y le ha roto la pechera de la camisa. Le ha veronificado en el quite con emoción y le ha hecho una gran faena, en la que han brillado la vista, el juego de piernas y la lidia constante. Usted, que sabe pararse como el que más, ha sabido moverse, que ahora es lo difícil, por lo visto, con alegría. Ha dado grandes pases y se ha visto puntear sobre el cuerpo más de media docena de veces. Una oreja—declinada—y la primera vuelta. El quinto, de Aleca, era mejor, cuando al correr de las banderillas le ha aliviado la congestión en que cayó tras la primera vara, quedando sólo con tendencia a la humillación. Le ha hecho usted una gran faena—la muleta a veces demasiado baja, y eso restó para la muerte—y se ha metido en tales terrenos, que sólo el mando y el buen juego de los brazos pueden consentir. Con toda variedad, con emoción y gracia, que le ha servido para la doble vuelta al ruedo y para un triunfo consciente y sereno, aun sin el relumbrón de la oreja. Si mata usted con suerte, hace usted una memorable faena de novillero. Pero, en fin, por lo hecho, por su voluntad, porque sus quites fueron los mejores y en algunos novillos los únicos, porque en tres actuaciones ya se ha visto que pisa terreno firme, a estilo y a contrastito, se le disculpa el sobresaliente y la primacía actual de los novilleros vistos—los no vistos en Madrid no existen—que la aproveche con fortuna.

—Señor Agustín Parra, Parrita. ¿Se conformará con el notable? Y se lo pregunto advirtiéndole que creo que oca en lo justo. Verá usted; ha torreado muy bien de capa, a la verónica—sobre todo en el quite—y a la espalda, a un Murube ideal, pastueño, suave como el del mejor sueño de un torero. Tras dos dobles y dos atos, lo ha torreado al natural en cuatro series, rematando tres de pecho y una en molinete. Doce naturales, de los que tres, o quizá cuatro, han sido excelentes precisamente por estar centrados, por ser naturales y no medionaturales o tercionaturales. Su arquetipo, que es una cosa grande, a veces merma un poco la teoría al natural. Usted, en la transcripción, se queda un poco más corto, y así, da naturales medio hechos ya al comenzar o no los acompaña hasta el fin o los dos cosas a veces. Tras los manoletinas y el adorno, ha dado la vuelta al ruedo. El público ha estado—cosa rara—bien justo en aplauso y límite, pues el toro también pasaba en la exigencia. Ha repetido usted el toro al natural en el último, de Bartolomé, y ahí usted ha puesto más y el toro mucho menos. Por lo que le falta de variedad y alegría justa, por lo que le falta al natural, por lo que tiene de aguante en la muleta, por el valor que le ha echado usted y las ganas y voluntad que han brillado, ¡lo dejamos en notable, con posibilidad y deseo de mejora sobre lo ya notable y plausible!

—Señor Cayetano Ledí, Pepe Hillo. Ha banderilleado usted bien, que también hay que decirlo.

EL CACHETERO



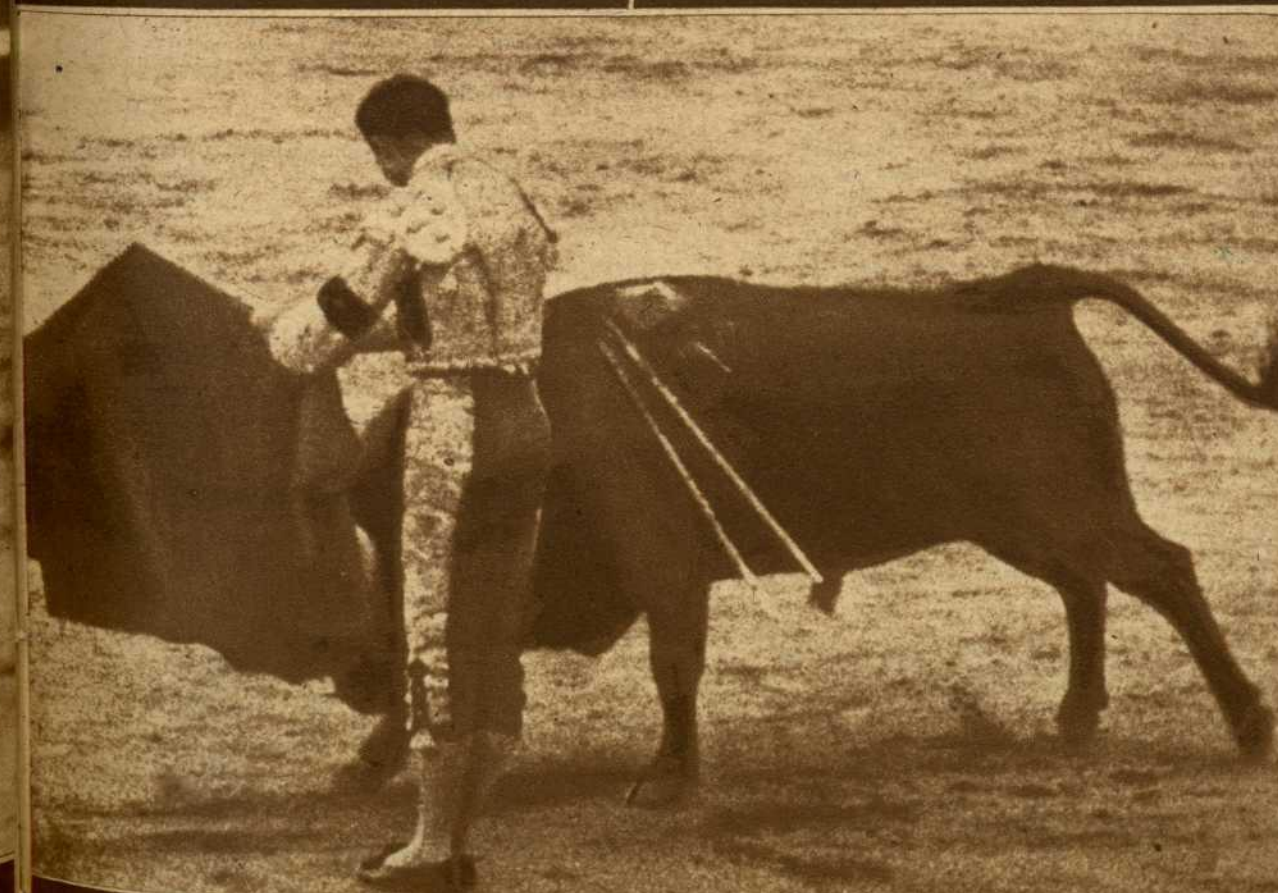
Agustín Parra, Parrita, en la faena de muleta a su primer novillo, toreando al natural con la izquierda



El Boni en un natural con la izquierda a su primero



Parrita en un pase natural a su segundo novillo



El Choni en un estatuario al comenzar la faena de su segundo novillo, en el que dió la vuelta al ruedo (Fotos Baldomero.)

Fotogramas del domingo en Madrid



El Boni y Parrita esperan el comienzo de la corrida. Gestos de preocupación en ambos



El Boni va a pisar el ruedo madrileño por sexta vez en la temporada



El Boni y el Choni, con algunos elementos de sus cuadrillas



Parrita, el torero madrileño que siempre está preocupado cuando ha de actuar en Madrid



Los tres espadas—El Choni, El Boni y Parrita—, en espera de que toque el clarín para salir



El Choni, con Rosalita, uno de los peones de la cuadrilla, sonríe, como anuncio del triunfo que le espera

DESPUES DE LA CORRIDA

HABLAN LOS TOREROS

EL BONI

Dijérase que no hay nadie en la habitación del hotel donde estamos citados con Rafael Perea (Boni). El mozo de estoques y el ayudante recogen lentamente la ropa que acaba de quitarse el torero. Este lleva un pijama; se saca las medallas, y las deposita en la cama; en el cuarto de baño canta el agua, ofreciendo su fresca caricia.

Comprendemos que Boni no tenga muchas ganas de perder el tiempo hablando; sin embargo, nos dice a la pregunta que le formulamos:

—Esta tarde he tenido mala suerte. El primer toro que me correspondió matar era un Murube con casta, pero falta de la fuerza necesaria para terminar la arremocada: cada vez que yo intenté ligar, él se me quedaba en la muleta, impidiéndome, pese a mis deseos, hacer la faena.

El segundo tuvo que ser fogueteo, y ya esto dice claro las condiciones en que llegaba a mis manos; ha sido uno de los toros más peligrosos que he matado; no había manera de intentar nada con él, y ya la tarea de matarlo... era bastante.

Diga que tengo verdaderas ganas de volver a actuar en Madrid para demostrar que lo de esta tarde ha sido debido sólo a desgracia en el lote que me correspondió.

Así lo consignamos para que se sepa. Nos despedimos. Boni se dirige al baño, y sus dos acompañantes continúan silenciosos la tarea.

EL CHONI

Amigos y admiradores llenan las habitaciones y pasillos de la casa del señor Cuadrado, donde el torero está. Mientras llega éste, el padrino de Jaime Marco nos atiende, y nos explica cómo, a pesar de la prohibición del médico, su ahijado, tras la cogida que sufrió, volvió a salir a la Plaza. Esto dice bien claro las ganas de triunfar que el muchacho tenía, y cómo deseaba corresponder a los sinceros aplausos del público. «de este noble público madrileño, a quien tan agradecidos estamos», manifiesta el apoderado del Choni.

Poco después llega el diestro, envuelto en un batín, y con gesto de cansancio. Nos sentamos, y nos va diciendo:

—Mi primer toro no tenía nada de bueno. A pesar de ello, como venía con ganas de continuar los éxitos conseguidos en provincias, he procurado estar valiente y matarle bien...

—Que era lo único que se podía hacer, y eso echándole valor—termina Carlos Cuadrado.

—El segundo—continúa El Choni—, bueno, pero un poco tardío; esto me impidió realizar la faena que pensaba hacerle; era un bicho al que no se podía cansar, y por

ello no pude ligar, como hubiera deseado. No lo maté a mi gusto—termina el torero.

—¿Y la cogida?—inquirimos.

—Un vretazo, que me conmocionó, y que a poco me impide continuar la lidia; después, una barya del burladero, que saltó ante el empuje de la res, y que me partió el labio superior.

Y nos enseña un corte, con fuerte hinchazón, que le deforma la boca.

—Diga que no sé cómo agradecer los aplausos del público, y que mis deseos de torear en esta Plaza Murube no se han podido lograr hasta ahora.

Nos acompaña hasta la puerta, donde un apretón de manos sella la entrevista con este muchacho que ha cortado oreja esta tarde, y que es todo cordialidad, modestia y simpatía.

PARRITA

Cuando vamos subiendo las escaleras estrechas de esta típica casa de Embajadores una algarazca que resaca dentro nos indica cuál es el domicilio del torero madrileño. Los pasillos están llenos de vecinos, que comentan la actuación de Parrita esta tarde.

El piso, repleto de mujeres, chicas—chicas guapas, por cierto—y una cohorte de moscabetes, vecinos y admiradores de «su torero»; allí, en una casa, en el fondo, está Parrita, que se incorpora, correspondiendo a nuestro saludo.

—¡Callense, hombre, que ha venido un periodista!

Y la asamblea enmudece rápidamente. Tengo que dejar las cuartillas y beberme—a la salud de Parrita—una caña de sidra. Empezamos.

—Mi primer toro, bueno.

—Pero, ¿nada más?

—Le parece a usted poco? Mi segundo—continúa el diestro—se acostaba por el lado derecho; por el izquierdo estaba mejor, aunque no todo lo que yo hubiera deseado. Estoy contento, porque el público se ha portado muy bien conmigo, y me he sacado, a medias nada más, la espina del día pasado, que me dejó muy disgustado...

—Y a mí también, hijo—dice una señora simpática, la madre de Parrita.

—Tengo ganas de torear siempre que pueda en esta Plaza, que yo no rehuyo, en manera alguna, y conquistarme las simpatías de este público, que es el mejor del mundo...

—¡Viva nuestro torero!—gritan los numerosos contestulios que, sidra en mano, están celebrándolo de verdad. Y como no hay manera de callar los gritos y nuestra misión está cumplida, nos despedimos y pasamos por una calle humosa, que nos despidió alborozada.

RAFAEL DE CORDOBA

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



¡Qué finura impalpable de encaje la que dibuja la sombra del tendido en la arena!

Antes de empezar la corrida actúa la mímica de los saludos entre los espectadores. Y así nos enteramos de que el maestro Quiroga, que está

en el tendido del 10, espera a la salida a Giralddillo, que está en una barrera del 9. Son secretos «a gestos».

Parrita tiene esa palidez quebrada de los gigantes. Se parece a los largos hombres-anuncios vestidos de botones. Y es también un poco el Gulliver del toreo.

Como el otro día Parrita tiró la oreja—para mandar a recogerla después—, hoy pide permiso al público para dar la vuelta al ruedo. Y lo hace preguntándolo con el gran dedo índice extendido, como esas manos que anuncian la dirección de las salidas.

En los toros todas las mujeres parecen guapas.

El primer novilló, antes de volver al corral, se despidió de la torería diciendo no sé qué cosas con el morro pegado al burladero de los espadas.

Los abanicos del tendido de sol tienen color de juguete de papel chino y de farolillo de verbena.

A El Boni le crece el cuello duro; parece mayor que el de los otros toreros, y si no hubiera dado tantos saltitos nerviosos, la faena que hizo a su primero habría resultado magnífica. Quizá todo fué porque le molestaba el cuello.

Sacan un letrero que pone «Aleas» y en seguida lo sustituyen por otro de «Bartolomé». ¡Ah!, pero, ¿también hay erratas en los carteles?

El Maño se pone muy pesado. Cree que el público no va a ver la corrida, sino a oír sus roncas interrupciones. Y ¡eso, no!

El Choni es muy valiente, pero agota los esparadrapos. Y además tiene la desgracia de que todos los palotazos se los dan en los dientes. Como que alguien decía que el ganadero estaba subvencionado por los odontólogos.

¡Qué instalación enloquecida de cohetes la del toro con las banderillas de fuego! ¡Y cómo adelanta las chuletas a la parrilla!



El Ruedo



Antonio Casero

EL SOLDADO reaparece en España y corta una oreja



El Soldado

LUIS MIGUEL DOMINGUIN también fué orejeado



Dominguín

Fernando Domínguez, el mejicano; El Soldado, que hace su reaparición en España, y Luis Miguel Dominguín.

Preside el teniente de alcalde, señor Calderón.

El Soldado hace el paseo montera en mano.

El ganado es bonito, pero sote. La entrada muy buena en la sombra y con grandes claros en el sol.

Primero. — Bien presentado. Nada en el primer tercio. Tres puyazos y tres pares de banderillas. Fernando Domínguez

PALENCIA 3 (Mencheta). — Segunda corrida de feria. Seis toros de villagodio para

realiza una faena de alioño y mata de un pinchazo hondo y un bajonazo. (Pitos.)

Segundo. — El Soldado se luce mucho con el capote, aplaudiéndosele. Tres puyazos y dos pares, uno de ellos del Soldado, que es ovacionado. Este brinda al público y comienza la faena valiente, siendo caído sin consecuencias. El toro está difícil y el matador tiende a diluir. Media estocada y el descabello. (Ovación.)

Tercero. — Le para Dominguín con unos buenos lances. Dos puyazos y dos refilanzos. Dos pares de banderillas. Luis Miguel brinda al público y hace una faena muy buena, con pases de todas las marcas, y termina de un pinchazo, una casi entera y descabello a la primera. (Ovación, oreja, vuelta y salida al tercio.)

Cuarto. — Hay unos buenos verónicas de Fernando Domínguez, que son aplaudidos. Con tres varas y tres pares de banderillas, para la res a los dominios de Domínguez, que hace

una faena amenizada por la música, torera y valiente. A la hora de matar no tiene suerte y señala dos estocadas y varios intentos.

Quinto. — Sin nada destacable, con dos varas y tres pares de banderillas, dos de ellos muy buenos del Soldado. Este realiza una faena de muleta en el centro del ruedo con pases de todas las marcas, muy valiente y artístico. Mata de una estocada entera. (Ovación, oreja, vuelta y saludos.)

Sexto. — Luis Miguel es ovacionado en lances. Tres puyazos y dos pares y medio. Comienza su faena con dos pases, ambas rodillas en tierra, y sigue por naturales, cruzados y molinetes. Mata de una buena estocada y el descabello. (Ovación, oreja y salida a los médicos.)

Peso de las reses, en bruto: 412, 392, 409, 351, 418 y 402 kilos, respectivamente.

NIÑO DE CARAVACA se lució en Cieza

CIEZA 3 (Mencheta). — Se lidiaron cuatro novillos de don José Gasí, antes de don Celso Pellón, para Beatriz Santullano y el novillero Antonio Sánchez, Niño de Caravaca.

Tiempo espléndido y media entrada. Preside el jefe de la Policía, asesorado por Pachines.

Beatriz Santullano se luce en tres magníficos rejones y dos pares de banderillas. (Gran ovación.) En su segundo se lució nuevamente en dos rejones y dos pares de banderillas, a fuerza de porfiarle mucho al manso. (Se la despidió con una gran ovación.) Ambos novillos fueron rematados por el novillero Paquito Verdú.

El Niño de Caravaca da a su primero seis verónicas en dos tiempos. (Ovación.) Coloca tres pares al cuarto. (Gran ovación.) Con la muleta, varios pases vistosos, intercalando algunos redondos que se aplauden. Acaba con el toro de una estocada que asoma por el costillar y descabello. (Ovación, oreja y vuelta.)

A su segundo lo recibe con cuatro verónicas con los pies clavados en la arena. (Ovación.) Un par al cuarto; otro encerrado en tablas, y un tercero, aplaudiéndosele mucho. Inicia la faena con pases sentados en el estribo; sigue con pases de varias marcas, siendo ovacionado. Mata de media en su grito, que basta. (Gran ovación, oreja y vuelta.)

El peso de las reses osciló entre 150 y 160 kilos.

En Cartagena, ESPLA y REDONDO cortaron orejas



Esplá

CARTAGENA 3. — Se lidiaron cinco novillos de don José Rodríguez, de Salamanca, y otro de don Tomás Frijas, de Alhambra, para Rafael Llorente Paquito Esplá y Luis Redondo. Preside el inspector de Policía, señor Albi, asesorado por el

ex novillero Tiradici. Primero. Llorente se aplaudido en verónicas. El toro de quites es muy movido. Dos varas y tres pares y medio de banderillas. Llorente hace una faena por naturales y en redondo. Mata de una estocada y el descabello. (Ovación.)

Segundo. Esplá es aplaudido en quites y en tres pases de banderillas. Hace la faena de muleta al hilo de las tablas, intercalando algunos rodillazos y otros adornos, que se aplauden. Mata de una estocada. (Ovación, oreja y vuelta.)

Tercero. Redondo hace un quite que se aplaude. Apuntamos dos varas y dos pares y medio de banderillas. La labor de Redondo con la muleta es valiente y dominada.

Por algunos pases de rodillas y señala un pinchazo y media buena. (Palmas.)

Cuarto. Dos varas y tres pares de banderillas. Esplá se adorna con la muleta, dando pases de todas las marcas, entre ovaciones. Entrando bien, deja media caída y luego otra media, que mata. (Ovación, oreja y vuelta.)

Sexto. Dos varas y tres pares de banderillas. Redondo hace la faena de muleta amenizada por la música. Da pases en redondo, molinetes y manotinas, adornándose con despiantes de espaldas al toro. Entrando bien, mata con brevedad. (Ovación y oreja.)

Los novillos pesaron, por orden de salida, 191, 166, 163, 190, 168 y 173 kilos. (Mencheta.)



Redondo

PEPE BIENVENIDA, CURRO CARO y ALBAICIN triunfan en Villarrobledo

VILLARROBLEDO 3 (Mencheta). — Corrida de feria. Se lidiaron reses de Concepción Soto para Pepe Bienvenida, Curro Caro y Albaicín. Buena entrada. Preside el alcalde, asesorado por el ex novillero Arenillas, y asiste el gobernador civil y Jefe provincial del Movimiento.



Pepe Bienvenida



Curro Caro



Albaicín

Primero. — Bienvenida lo recibe con cuatro verónicas y media, valiente. Tres varas, Bienvenida clava tres pares de banderillas. (Ovación.) Inicia la faena con dos ayudados por bajo y uno por alto; sigue por derechazos y molinetes. (Ovación.) Luego instrumenta pases de tanteo y se adorna con tocaduras de pitón. Media estocada y descabella. (Ovación, oreja y vuelta. Pitos al toro.)

Segundo. — Curro Caro se hace aplaudir con la capa. Dos varas y tres pares de banderillas. Curro brinda al público y da tres ayudados, seguidos de rodillazos, y como el toro está aplomado tira a igualar, señalando un pinchazo sin soltar y después otros dos. Al fin la res se acuesta después de media estocada delantera. (Silencio y pitos al toro.)

Tercero. — Albaicín lo recibe con tres enormes verónicas. (Ovación.) Dos varas y se le cambia el tercio con dos pares. Albaicín brinda al público e inicia la faena con tres pases por alto y un ayudado inmenso. (Gran ovación y música.) Sigue con otros pases, intercalando molinetes. (Ovación.) Mata de una estocada hasta el puño y descabello. (Gran ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Cuarto. — Bienvenida lo recibe con unos lances valientes. Tres varas. Quita Bienvenida por verónicas; muy valiente, y Curro Caro, por chuecuelinas, escuchando palmas. Albaicín da tres lances estatuarios. (Gran ovación.) Tres pares de banderillas. Bienvenida

da unos pases de tanteo y alioño, intercalando algún derechazo bueno que se aplaude. Mata de tres pinchazos, otro sin soltar y el descabello al segundo intento. (Palmas al torero y pitos al toro.)

Quinto. — Curro Caro lo recoge con unos lances sueltos. Anotamos tres varas y tres pares de banderillas. El diestro comienza la faena de muleta con dos pases sentados en el estribo y otro de rodillas. (Ovación.) Continúa con molinetes y derechazos y se adorna arrodillándose de espaldas al toro. Entrando bien señala un pinchazo, y después deja una estocada superior. (Ovación, oreja y vuelta.)

Los tres espadas tienen que saludar desde el tercio.

Sexto. — Hay unos buenos lances de Albaicín. Dos puyazos recargados y tres pares de banderillas. Con la franela Albaicín da tres pases por alto, y a los acordes de la música sigue con otros de todas las marcas. Con el estoque pincha varias veces, y, por último, descabella. (Palmas.)

El promedio de peso de los toros fué de 270 kilogramos.

FUENTES y MINUTO sacados en hombros en Sagunto

SAGUNTO 3 (Mencheta). — Cuatro novillos de Villita para Fuentes y Minuto.

Fuentes, en su primero, bien con capote y banderillas. Faena superior, con música. Mata de un pinchazo, estocada y descabello al primer golpe. (Ovación y vuelta.)

En su segundo, faena buena para un pinchazo y una estocada. (Oreja y vuelta.)

Minuto, en su primero estuvo superior con el capote. Faena dominadora y mata de una estocada. (Oreja y vuelta.)

En el otro que le correspondió, después de una faena valiente y dominadora, mató de un pinchazo y una estocada. (Oreja y vuelta.)

Los dos matadores salieron a hombros. El peso de los novillos, por el orden de salida, fué de 184, 193, 189 y 191 kilos.

Ortega, Manolote y Pepín Martín Vázquez torearán en la feria de Murcia

MURCIA 3 (Mencheta). — Ha quedado ultimado el cartel de la corrida de feria que se celebrará el día 14 de septiembre, y en ella lidiarán seis toros de Galache Domingo Ortega, Manolote y Pepín Martín Vázquez.

CARTEL DE BARCELONA



Ortega, Pepe Luis, Arruza y Pepín Martín Vázquez antes de salir a la Plaza el domingo en Barcelona



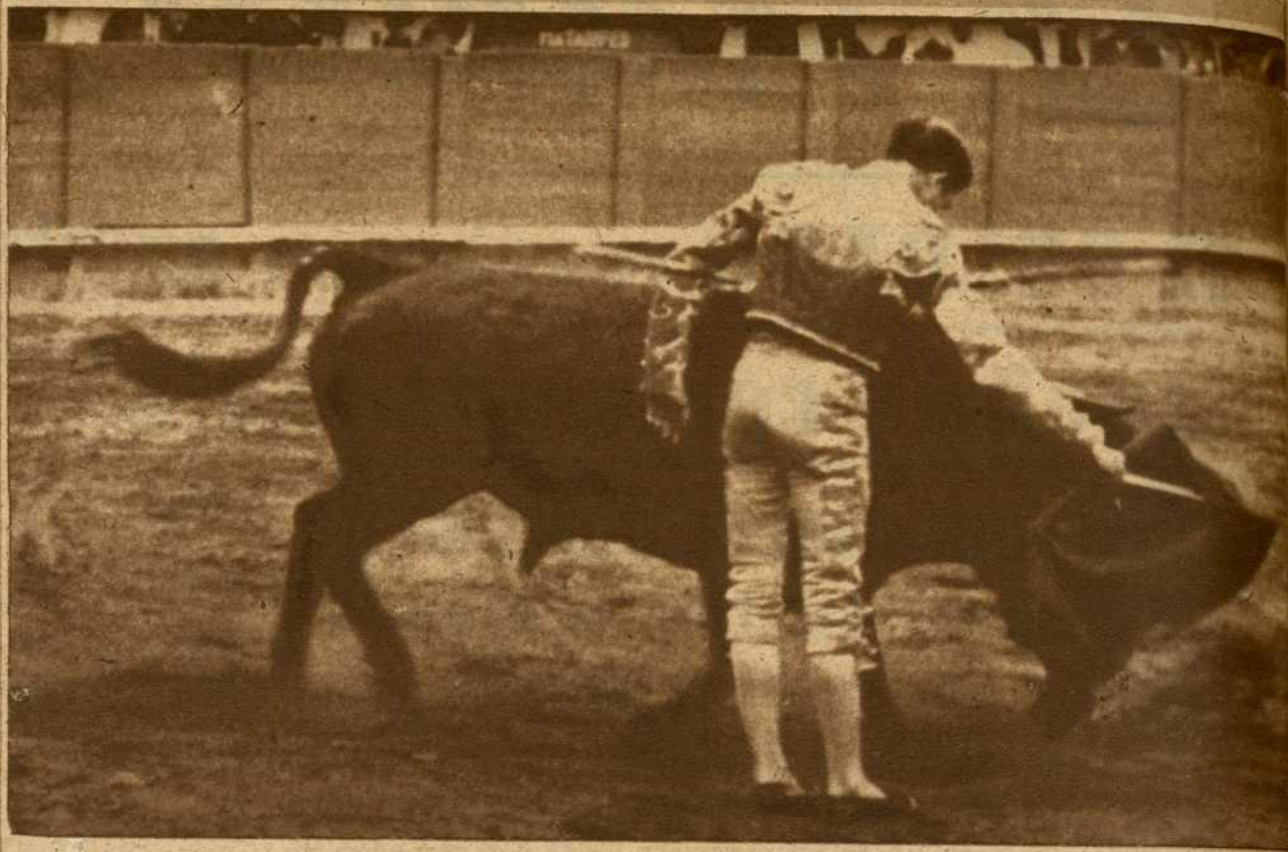
Ortega en un gran pase con la derecha a su primero, del que le concedieron la oreja



Pepe Luis Vázquez en un pase de pecho a su primer toro



Pepín Martín Vázquez toreando de capa al toro de la alternativa



El nuevo matador de toros, Pepín Martín Vázquez, en un pase natural con la derecha al toro de la alternativa, que recibió de manos de Domingo Ortega

RESEÑA

BARCELONA 3. (De nuestro corresponsal, Subirán.)—Lances buenos de Pepín para fijarlo. Tres varas malas y algo ventosa.

Primero.—Partidario, gordo, entrepeño y recortado de pitones.

Lances buenos de Pepín para fijarlo. Tres varas malas y dos quites aceptables del neófito y de Ortega.

Entrega de trastos. Pepín, luchando con el aire, se luce en una faena no ligada con naturales con la derecha, en redondo, manoletinas y unos afarolados mientras suena la música. Atacando de lejos, una casi entera en buen sitio y descabello al cuarto intento. Muchas palmas y salida a los medios.

Segundo.—Matavacas, negro, como los restantes, con menos carne pero mejor armado. Tres varas recargando y nada en quites. Tras la devolución de trastos, Ortega hace una faena de dominio a dos palmos de los pitones reposada, en dos tandas magníficas, al son de la charanga. Naturales, en redondo, manoletinas y toda clase de adornos. En la primera igualada, una casi entera, que basta. (Ovación grande, oreja, vuelta al ruedo y saludos.)

Tercero.—Pifonero, gordo, bien puesto de pitones y huído. Siete picotazos, de los que sale rebrincando. En dos le dejan clavado el hierro, y, como es natural, nada en quites. Pepe Luis Vázquez se encuentra con el consabido "marrajo" y tiende a la brevedad. Un pinchazo delantero, media igual y una casi entera perpendicular. Descabella a la segunda. (Silencio.)

Cuarto.—Naranjero, corto de talla y muy alto de púas. Tres varas y dos quites muy buenos de Arruza, que sale trompicado. Pepe Luis se luce en otro por verónicas.

Coge los palos el mejicano y coloca el primer par ganándole la cara al toro paso a paso. Otro de poder a poder enorme, y cierra con otro inmenso en zig-zag. (Ovación.)

Brinda Arruza al público y comienza con unos rodillazos torerísimos. Suena la música. Cuatro naturales que duran una eternidad. Tres manoletinas y rodillazos muy buenos. Sigue con pases por alto y otros de su invención. Un pinchazo y una entera hasta el puño. (Ovación, orejas, dos vueltas al ruedo). Tras mucho esperar, porque los aplausos no cesan, sale el

Quinto.—Toronjito, gordo, abierto de cuerna. Es seco en varas y toma tres, recargando en la última. Un quite de Pepín por chicuelinas. Dos medios pares y uno entero, pues el bicho no tiene arrancada. Ortega inicia la faena rodilla en tierra. Sigue por redondos y naturales, de pecho, manoletinas, y obligando a pasar, saca unos pases cogiendo los pitones al bicho. Entre músicas y ovaciones lo cuadra y atacando con muchas ganas, larga un estocozazo hasta las cintas. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Sexto.—Naviero, bien presentado. Tiene genio y se queda en los vuelos de los capotes. Pepe Luis no puede ni fijarlo. Cinco varas recargando, y no hay lugar ni a un solo quite por la mala calidad del bicho. Pepe Luis lo toma de muleta disgustado, y con pocos pases larga un pinchazo, acertando al cuarto intento de descabello. El sevillano sube al palco presidencial, donde es amonestado por la brevedad de la faena.

Séptimo.—Camarero, de González, basto de cabeza y mansurrón. A las primeras de cambio salta al callejón. Cuatro varas sin alegría y nada en quites. Arruza coge los palos a petición del público; pero lo tiene que hacer él todo en un buen par, y deja el puesto a los peones. Faena breve de Arruza, de puro alifio, y al final una casi entera algo desprendida, que hace doblar al manso. (Muchas palmas.)

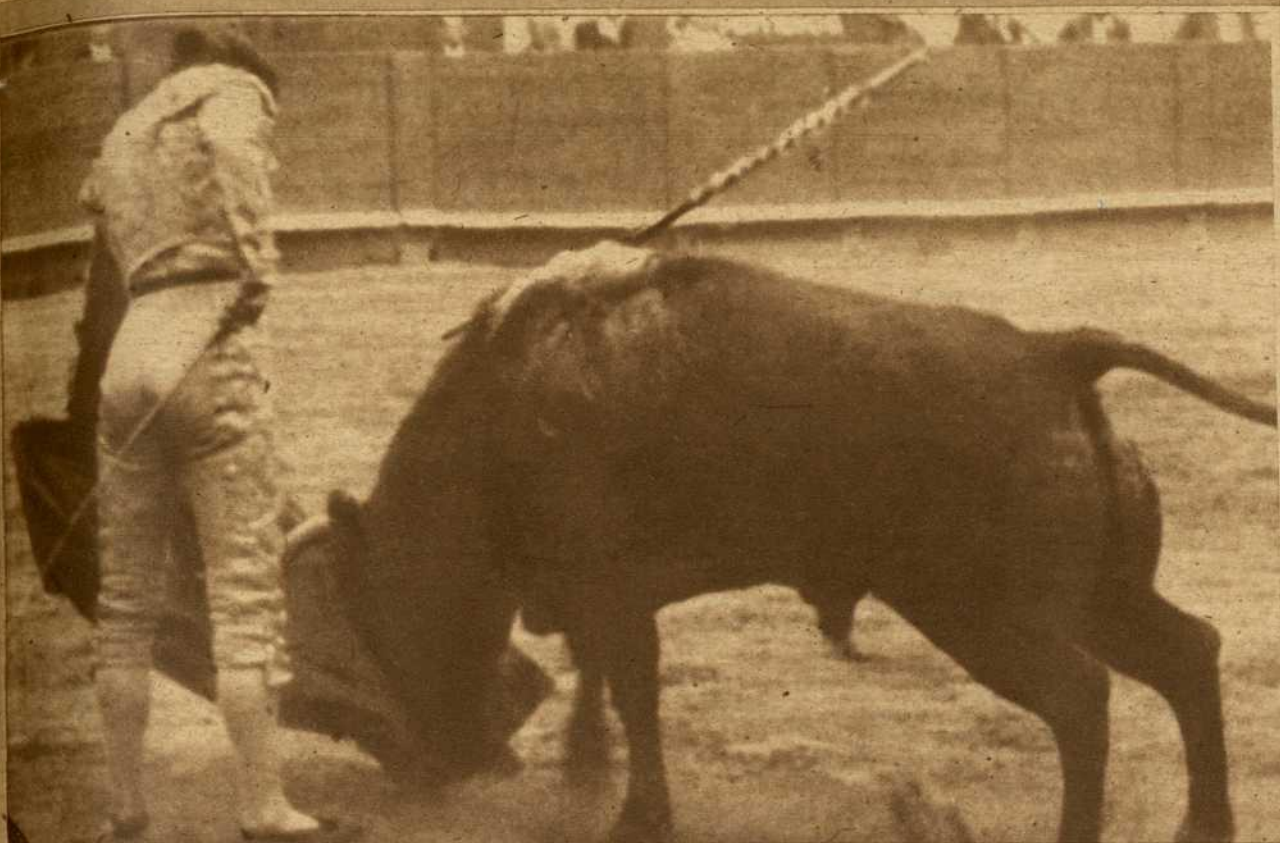
Octavo.—Napoléon, chico, con pinta de morucho y tan matiso que con un marronzazo se le condena al tueste. Cuatro de las "calientes" a la media vuelta y el regalito pasa a manos del nuevo "doctor". Pepín sufre un gafiatón imponente en el pase de tanteo, y como el regalito no está para otra cosa, cuatro muletazos y un pinchazo hondo, que el toro escupe, lanzando el acero a los tendidos. Dos intentos de descabello, y acierta al tercer golpe. (Palmas de carifosa despedida.)

El peso de los toros en canal fué: 253, 242, 268, 233, 249, 248, 255 y 255 kilos, respectivamente.



Ortega y Pepín Martín Vázquez se estrechan la mano después de la alternativa del diestro sevillano

Seis de Alipio P. Sanchón y dos de Manuel González para Ortega, Pepe Luis Vázquez, Arruza y Pepín M. Vázquez, que tomó la alternativa



Carlos Arruza toreando por naturales al cuarto toro, en el que logró una gran faena, por lo que le fué concedida la oreja del astado

JUICIO CRITICO

El cartel se combinó con vistas al éxito grande. Ocho toritos de muy buena "familia" de los campos charros y cuatro matadores con solera y cartel suficientes para llenar la Monumental de bote en bote mencionando tan sólo sus nombres.

Pero los buenos deseos del avisado don Pedro sólo se realizaron en un cincuenta por ciento. Los dos toros de Ortega, el primero de Arruza y el que Pepín despachó en su alternativa fueron aceptables. Los cuatro restantes pudieron muy bien quedarse en los chiqueros.

Triunfó Domingo Ortega en sus dos toros. Por su "regularidad" y por su muleta mágica, el de Borox ha cortado las orejas de sus enemigos, no muy propicios a ello. Domingo mantiene en Barcelona su categoría de torero excepcional y queda al margen de toda discusión personal.

Pero Carlos Arruza le ganó la partida, y haciendo caso omiso de la "regularidad", porque lo genial no conoce tasa, ganó el título de indiscutible. Fué en el primer toro, y la oreja ya se solicitaba para el mejicano en las banderillas. La faena de muleta fué algo inenarrable, y la estocada final que la rubricó muy dignamente; el silencio más impresionante que hemos conocido tras una faena cumbre, porque cuarenta mil y pico de manos estaban agitando pañuelos en solicitud de la oreja, el rabo, las patas... ¡El toro entero!

Hizo bien Carlitos al despachar brevemente a su segundo, pues si repite lo anterior todos acabamos en un manicomio.

Después de estos dos, Pepín Martín Vázquez estuvo bien en el toro de su alternativa, escuchando muchos aplausos, pero sin vuelta. Regular en el último, todo un marrajo peigroso, al que despachó con brevedad. Sin embargo...

¿No se ha precipitado este chico?

Pepe Luis Vázquez fué el más desafortunado. Le tocó el peor lote y el de San Bernardo toroó a disgusto. Y como Pepe Luis ha triunfado con su fina esencia sevillana, agradando a la afición barcelonesa, y ésta se enfadó por creerse tratada con desconsideración... ¿Por qué esa amonestación presidencial?

Los seis toros de Alipio P. Sanchón cumplieron sin excederse, y los dos de Manuel González, francamente mal. Nos están dando una mala temporada los "ganaderos" de Salamanca.



Domingo Ortega en un pase natural al quinto toro, del que le fué concedida la oreja



Martín Vázquez en un pase con la derecha en el toro de la alternativa



Pepe Luis Vázquez lanceando de capa a su primer toro



Un molinete de rodillas de Arruza a su primer toro, del que cortó la oreja



El diestro mejicano toreando al natural



Un natural por alto de Carlos Arruza

El domingo, en Palencia

Seis de VILLAGODIO,
FERNANDO DOMINGUEZ
EL SOLDADO
LUIS MIGUEL DOMINGUIN



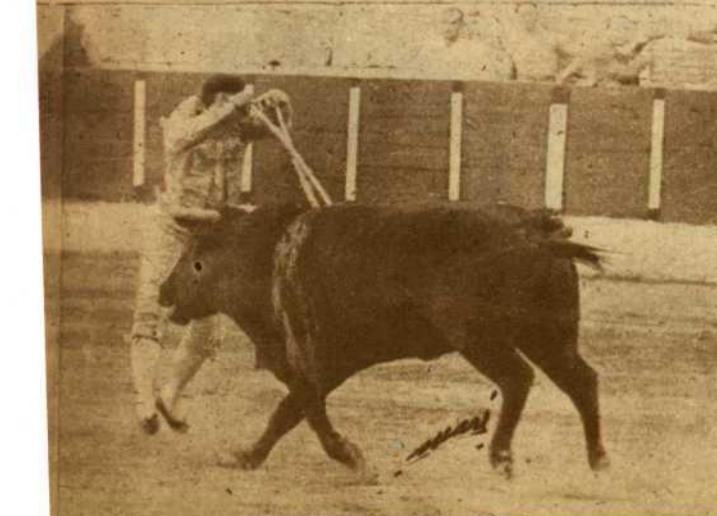
Fernando Domínguez en un pase ayudado por alto a su primer toro. (Foto Mari.)



El Soldado, que reaparecía en España, en un pase por bajo con la derecha



Arriba: Luis Miguel Dominguín en un ayudado por alto al segundo toro.—Abajo: Un gran par de banderillas de El Soldado



EL LUNES, EN ARANJUEZ

SEIS toros de ALBASERRADA para EL ESTUDIANTE, MANOLETE y FERMIN RIVERA

RESEÑA

ARANJUEZ 4 (Mancheta).—El cartel de la corrida de feria despertó vivo interés, y ello justifica el lleno rebosante que ha registrado la Plaza la tarde de hoy. Ni una localidad vacía, viéndose en las de preferencia numerosos aficionados madrileños, de las provincias limítrofes y de los pueblos, llegados en coches, autocars y en trenes ordinarios y extraordinarios.

Preside el alcalde, asesorado por el ex torero Saleta. Asisten el gobernador civil de Toledo, vicepresidente de la Diputación de Madrid y otras personalidades.

Se lidian seis toros de Albaserrada, por El Estudiante, Manolete y el mejicano Fermín Rivera.

Las cuadrillas son ovacionadas en el paseo, que el mejicano efectúa montera en mano.

Primero.—Buen mozo. Se saluda su presencia con una ovación. El Estudiante da unos lances, aguantando un arosón. En quites, hay uno formidable de quietud y temple a cargo de Manolete, y otro de Rivera, con el capote al costado. (Ovaciones.) Tres puyazos y dos pares de banderillas, cayéndose el toro repetidamente, resentido de los remos.

El Estudiante inicia la faena con dos naturales. Vuelve a caerse el toro, y Luis muleta por alto, tratando de conservarlo; pero de nuevo se dobla de nuevo por dos veces. Dos pinchazos leves sin ayudarle el toro y media barrenando. (Pitos.)

Segundo.—Cárdeno. Mejor mozo que el anterior, pero con cosas de manso. Manolete le para con media docena de verónicas de mucho ajunte, que son ovacionadas. Luego hace un quite muy valiente. (Nueva ovación.) El mejicano ejecuta el suyo por faroles. (Ovación.)

El bicho cumple en varas, y con dos pares de banderillas se cambia el tercio.

El toro llega entero a las manos del cordobés, que comienza la faena de muleta con dos pases estatuarios, dobándose de manos el morisco.

Sigue por naturales con la izquierda y con la derecha, de pecho y en redondo, y acaba con el manso de un volapié bien ejecutado, pero aravesadillo. Descabilla a pulso. (Palmas.)

Tercero.—Recogido de cuerna. Rivera se para y aprietta en unas verónicas que se jalean y quita por chucuelinas, rematando con una graciosa revolera. (Oye palmas, así como El Estudiante en el quite de la mariposa. El toro, bocado de patas, se cae, y hay que apresurar el cambio de tercio con dos varas. Rivera prende tres pares al cuarto, ganando muy bien la cara por poder de piernas. (Ovación y música.) Brinda al público y torea con la muleta por ayudados por alto y bajos, molinetes, algunos derechazos, sufriendo un achuchón; varios adornos, todo con mucho valor; tres naturales, ligados con el de pecho, un rodillazo. (Palmas.) Cuatro pinchazos, y el toro se entrega al puntillero. (Palmas a la faena.) También se aplaude al toro en el arrastre.

Cuarto.—Largo y enmorrillado. Cuatro lances lucidos de El Estudiante, rematados con media verónica apretada. El toro huye de los caballos y de los capotes. Dos varas y tres pares buenos. El Estudiante brinda al público. Inicia la faena con tres pases de rodillos clarificados, ac. liendo apuntado en el último. Luego muleta con la derecha, un farol, un natural y un molinete. (Música.) Dos manoletinas y adornos de rodillos. (Ovación.) Un pinchazo, media barrenando que produce vomito. (Ovación, oreja y vuelta.)

Quinto.—De más volumen. Manolete alborota a las masas con unas verónicas majestuosas y media ceñidísima. La ovación se repite en el primer quite. El toro, bocado de patas, sólo aguanta dos puyazos y dos pares de banderillas. Manolete comienza la faena con uno por alto y un natural. Se lleva al toro a los medios con un gracioso chucuelino, y porfiándose mucho, porque está muy quedado, lo torea en terreno inverosímil, cargando una serie de naturales, redondos y de otras marcas, que son ovacionadas. El toro está cyctado y no se puede hacer más. Dos pinchazos y una estocada, entrando superiormente. Descabilla. (Palmas y algunos pitos de los intransigentes.)

Sexto.—Rivera le saluda con unos faroles de pie y de rodillos. (Gran ovación.) Quita con el capote a la espalda, y se repiten las palmas. Tres varas. Dos pares de rehiletes al cuarto por el mejicano, cerrando el tercio un peón. Rivera brinda a Manolete la muerte de este toro y comienza la faena con dos ayudados sentados en el estribo y otro de rodillos. Sigue por redondos, ayudados, molinetes y otros adornos, todo muy cerca. (Música y olés.) Se le ovaciona luego un desfilante de rodillos y remata con una estocada y el descabello al segundo golpe. (Ovación, oreja y despedida calorosa.)

Peso de los toros: 204, 233, 219, 217, 281 y 245 kilos, respectivamente.

JUICIO CRITICO

SIN NOVEDAD

Las características del ganado de Albaserrada marcaron el cauce de la corrida de Aranjuez. Corrida en Aranjuez quiere decir gentío, caras conocidas y el mundo del toro volcándose a caño libre por las frondas ribereñas y por los merenderos del Tajo. Pues los toros de Albaserrada enmarcaron todo ese cuadro en una corrida corta, de dos tercios o tercio y medio si me apuran. La corrida fué pareja de tipo, aceptable en conjunto, sin casi fuerza ni sustentación. Se caían al segundo picotazo—la corrida la picaron con los reservas—y había que meterles dos pares con la ligereza prodigiosa de la cuadrilla de Manolete para que la franela no los tumbase, aun toreándolos suavemente por alto. Cumplieron para los capotes y ofrecieron para la muleta el mismo tipo de dificultad, la del gazapeo a veces y más la del bracear en la arrancada, el quedarse en el engaño, porque su flojera de patas les hacía buscarse alivio. En fin, una corrida de toros muy 1944, de las que llenan tres cuartos de las ferias españolas. Vergonzosamente, amigos.

¿Y los toreros?

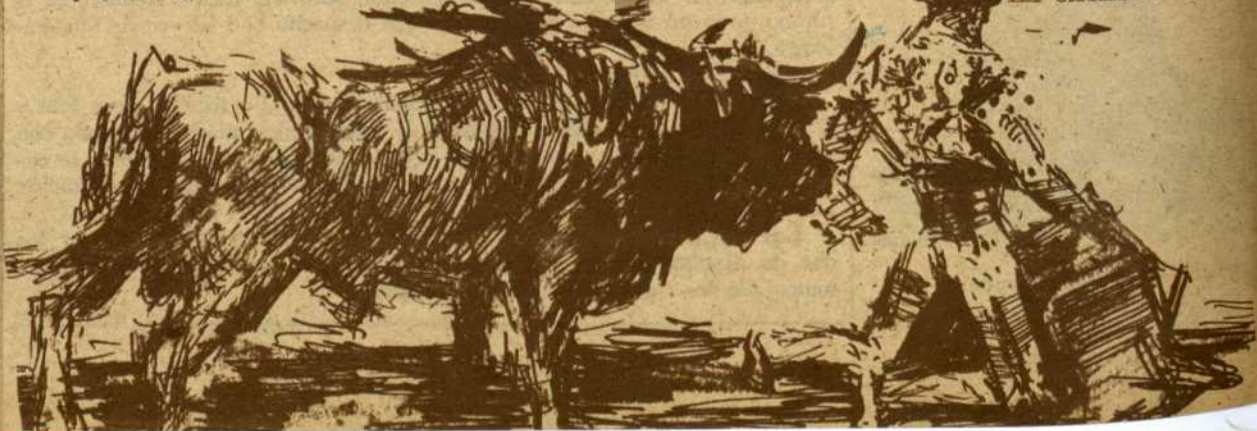
Los toreros, sin novedad.

Porque no es novedad decir que El Estudiante se arrimó, estuvo valeroso y suave en el primero, más atento a evitar la caída que otra cosa. Y que en el cuarto hizo una de sus clásicas faenas de buen tono, un poco desvaída en el redondeo general, y mató a éste con la mejor discreción en una tarde de mediano matar. Aplausos, una oreja con paseo a la redonda y una tarde sin novedad, como Manolete, puesto, torero y con discreción y compostura en el resultado. Naturalmente que la compostura de Manofete es de oro y hay que pesarla en balanza de platero. Estuvo bien, correcto y acompañado—¡ay, que esto nos privó del tono mayor!—a la medida de sus enemigos, que, la verdad sea dicha, no forzó, sino que pisó la linde de la conformidad a la fuerza y allí se quedó. Tarde sin más novedad para él—tan gran cosa—que el matar peor que de ordinario, por el resultado de travesía al segundo, por la rapidez y el alargamiento de brazo al quinto, muy humillado por cierto. Creo que a fuerza de no haber novedad, no le extrañaría que sonasen una vez más los silbidos endémicos de las solaneras.

¿Y la novedad del mejicano debutante?

Consistió en no haberla. Es un torero de tipo mejicano. Valiente, temperamental, que ayer puso sus fuerzas en animar la corrida, y así lo hizo, con resultado de oreja y salma en hombros. Creo que el capote es su punto fuerte, no por clásico, sino por emocional, todo lo poco clásico y grandemente emocional que resulta recibir a un toro por espeluznantes faroles de pie y de rodillas y poner a la Plaza muy en vilo, y gustar entre el barroquismo, prieto de suertes capote a la espalda. Como en el toreo hay, o debe haber, su dosis de emoción, esa le respalda plenamente a Fermín Rivera con la muleta también. Mucha derecha, mucho pase por alto y francos los caminos del adorno valeroso, al estribo y de rodillas. Con las banderillas, en cambio, sale con el par hecho, cuarteando y clavando con corrección sólo. Y el sitio y maneras del estoque parece que no está cogido con entereza. Así encuadrado, bien estuvo el chico, y como los mejicanos en el trance, van a ser los proveedores de la pimienta de la emoción por ahora, pues ésta es la novedad, que consiste en no haberla, en seguir un camino de escuela con decoro.

EL CACHETERO



Los toreros que, además, son criadores de reses de lidia

AL HABLA CON DON JUAN BELMONTE



Don Juan Belmonte, don Juan Belmonte... ¡Claro! Este es el tratamiento que hoy le corresponde, menor en categoría que aquel otro de excelentísimo señor que por derecho propio obtuvo en lides taurinas cuando los públicos de España lo proclamaron ídolo indiscutible. Porque un mal día para la fiesta de toros, este don Juan, «que vale lo menos cuatro», colgó definitivamente en el ropero de su casa sevillana los trajes de luces para no volver a vestírselos más en su vida.

Lo que no pudo colgar, aunque quiso, fué su afición desmedida, su irresistible deseo, esa vocación irrefrenable por algo que nace con nosotros y con nosotros muere. Y Belmonte, apagados el oro y la plata del grácil y vistoso atuendo taurino, para no alejarse del peligro, ni del arte que entraña la tauromaquia, compró dos ganaderías: se ciñó los zahones, calzóse las espuelas y, rejón en ristre, a caballo sigue por esas plazas de Dios haciendo alarde de su maestría torera a la jineta si no es preciso—cómo ocurre con frecuencia—echar pie a tierra para dar un curso de bien torear con la muleta y demostrar después con el estoque que aun es posible matar los toros ajustándose a las reglas clásicas. Belmonte, con su estilo, su valor y su arte incomparables, tenía en los ruedos el tratamiento de excelencia: ahora por su inteligencia, su sagacidad, una cultura bien asimilada a través de seleccionados textos literarios y otras cualidades inherentes al hombre, conserva por derecho propio el tratamiento de «don». Por eso se lo damos sin escándalo público.

EL GANADERO, EL TORERO Y EL HOMBRE

El hombre da cumplida fe de su palabra y acude a la entrevista que solicitamos, puntualmente. Esto ya es un buen síntoma.

La víspera de esta cita me dijo el gran torero: «Aquí, no, que hay mucha bulla». «Pues donde usted quiera»—le contesté.

Y eligió un bar, donde, en efecto, la clientela era escasa. Al dueño del establecimiento seguramente le hubiera agradado la bulla: en cambio, para la conversación que habíamos de sostener el torero-ganadero y yo, aquella calma nos era propicia. Hablamos primero de los años: del estómago de don Juan, que en aquellos instantes no estaba apto para soportar ningún aperitivo, ni siquiera ginebra, que dicen que es estomacal, y, luego, de muchas cosas. Todo un preámbulo de cortesías hasta llegar al punto de la conversación que fuera interesante para nuestro público.

Este don Juan Belmonte es un conversador ameno. Sabe lo que se le pregunta y contesta a todo con una agilidad mental sorprendente. Si la interrogación es intencionada, la respuesta que da el gran torero es aguda, llena de ironía y sutiles matices. Así, por ejemplo, cuando le decimos: «Está usted muy joven, Juan».

—Eso dicen, y yo lo creo. Viniendo desde San Sebastián, el otro día, en el tren una señora me confundió con mi hijo. «¡Cuánto me alegro verle! No me pierdo una corrida donde usted torea. Ahora le he visto en Bilbao. Enhorabuena». ¿Para qué iba a decirle a aquella señora que quien había toreado allí era mi hijo? Me encontré joven y se lo agradecí.

—Pero ¿a usted le gustaría seguir vistiendo el traje de luces, torear a pie...

—En absoluto. He perdido la afición enteramente, porque a pesar de esa confusión de que antes le hablaba, para torear hay que ser joven, sentirse fuerte, tener entusiasmo... El poco que me queda lo he condensado en el toreo a caballo, en el cuidado de mis ganaderías...

—¿A quién se las compró usted?

—Una la he formado yo con vacas y sementales de Parladé. La otra que se lidia a nombre de mi señora, Julia Cossio, es una parte de la antigua ganadería de Guadalest. La procedencia de estas reses ofrece la particularidad de su cruce: vacas salvajes del coto Doñana, de color, y un toro de Parladé. Así formó esa ganadería, hace muchos años, el canónigo de Utrera señor Hidalgo Vaquero.

—¿Le cuesta a usted mucho dinero sostener esas ganaderías?

—En realidad, hoy, no. A pesar de los muchos gastos que originan, se tiene una compensación económica que resarce con creces los desembolsos.

Hemos llegado a un momento de la conversación en que se impone discriminar criterios que pueden ser coincidentes o dispares, porque en una misma persona concurren dos circunstancias; la del torero, que es al mismo tiempo propietario de una ganadería de reses bravas; y la de ese mismo ganadero-torero que tiene que lidiar toros que otros criaron. Por esto pregunto de sopetón a Belmonte ganadero:

—¿Por qué se caen ahora los toros con tanta frecuencia?

—Los toros se han caído siempre.

—Pero menos. Yo recuerdo muy bien aquellas temporadas en que usted y Joselito lidiaban toros con fuerza, duros de patas...

—Sí, es verdad, se caían menos... Esto de ahora nos tiene preocupados a los ganaderos... Tanto, que hasta análisis de sangre de las reses se han llegado a hacer... Toros de tanta casta y temperamento como los de Ardanuy (antiguos Saltillos) y los Pablorromeros, se caen. Otro caso el de los Murubes. A estos toros, que también tienen fuerza, les ocurre una cosa rara: un año se caen y otro no. ¿La causa?

A lo mejor es que padecen glosopeda.

—Pero eso lo dirían los veterinarios al hacer el reconocimiento previo... ¿No estará en consonancia esta debilidad de los toros con el estilo del toreo actual?

—Puede que sí. Un grupo de amigos estamos abonados a un palco de la Plaza de la Maestranza de Sevilla. Hemos visto las corridas que allí se han celebrado y uno de estos amigos dijo un día: «Pues, señor, no nos hemos levantado ni una sola vez de nuestros asientos más que para descansar». Abajo faltaba emoción porque los toros no tenían fuerza.

—Ya. Entonces es que esos toros que hoy se lidian comen poco, y comiendo poco apenas si pueden sostenerse en pie. ¿Qué les da usted a los suyos?

—Alfalfa en cuanto el pasto escasea y un año antes de que se lidien, avena, habas, cebada y garbanzos negros. Le aseguro que si no se les da así de comer un año antes, los toros corren el peligro de caer. En dos o tres meses no se puede preparar una corrida, porque su presentación será artificiosa.

Esta declaración del Belmonte ganadero es tan valiente y sincera como llenas de calidad y valor eran las faenas que hacía a aquellos toros que rara vez daban con el suelo.

EL MEJOR TORERO

—¿Qué opinión tiene usted del toreo de hoy?

—Muy buena. Se torea muy cerca.

—¿Nada más? ¿Muy cerca, cuando fué usted el precursor de ese toreo, el que llevó el gato al agua?

—Puede: pero ahora estoy ya algo lejos de aquella época.

—Sin embargo, nadie más capacitado para emitir un juicio justo de la actualidad taurina. Prescindiendo de afectos, puesto que tiene usted un hijo torero, ¿quiere decirme cuál le parece a usted el mejor?

Belmonte, sin titubear, rápidamente contesta:

—Me parece mejor el que más cobra.

La respuesta, como verá el que leyere, es «sustanciosa».

DESDE LA PELUQUERÍA «HUELE» A TORERO

De pronto don Juan Belmonte se acuerda de que el peluquero le aguarda. Son las dos de la tarde, pero «Terremoto», el que fué pismo de los públicos, tiene a Perico, figaro consecuente y sagaz descubridor de «astros» taurinos, con tan arraigada afición a la fiesta que cuando habla de ella al cliente, enarbolando en una mano el peine y en la otra las tijeras, da la sensación de que intenta poner al aire un par de banderillas. Belmonte no se arregla el pelo más que en esta peluquería.

—Por crecido que lo tenga aquí vengo siempre. ¿Este Perico!

Y el peluquero, en la operación, acaricia con mimo aquella cabeza de la que un día pendió la coleta más torera de todos los tiempos.

Sin saber por qué, entra de pronto en el establecimiento el banderillero Mella, y al momento el empresario de la Plaza de Valencia, señor Alegre, y «Recorte», notable crítico taurino de *Jornada*, de la misma ciudad... El empresario propone a Belmonte que toree a caballo en el redondel valenciano.

—Todo es cuestión de precio. Yo soy un hombre moderno—dice Belmonte con su peculiar ironía.

Prosigue el corte de pelo y nosotros cortamos la conversación. ¿Por qué subieron hasta allí aquellos amigos?

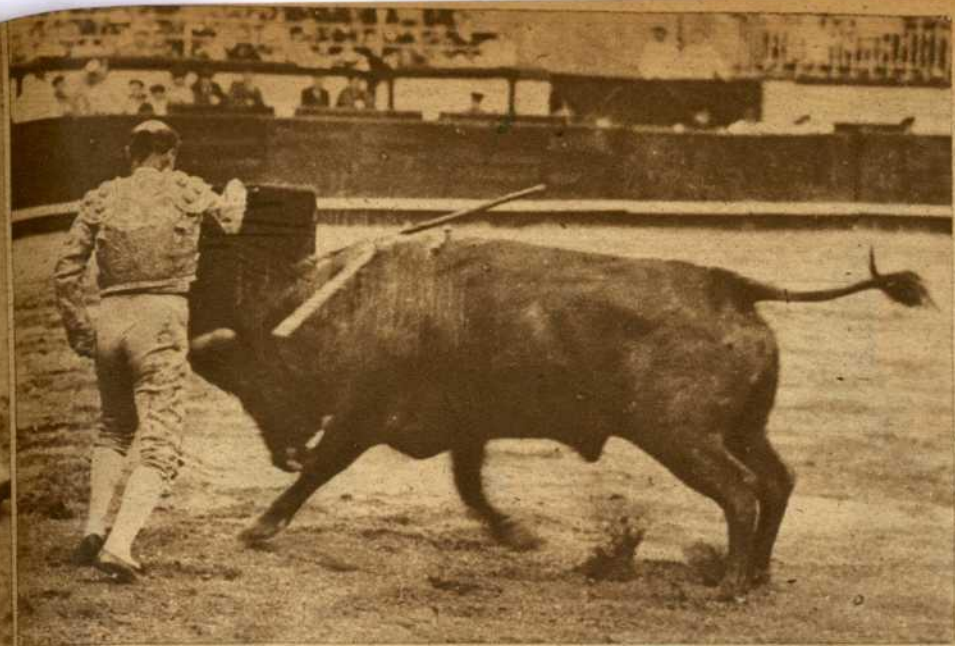
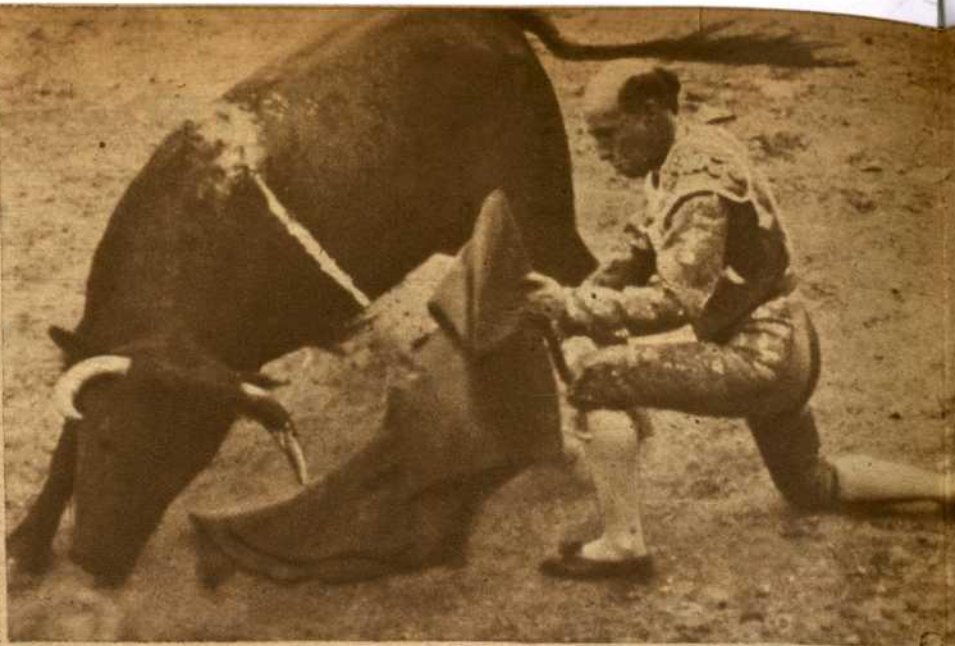
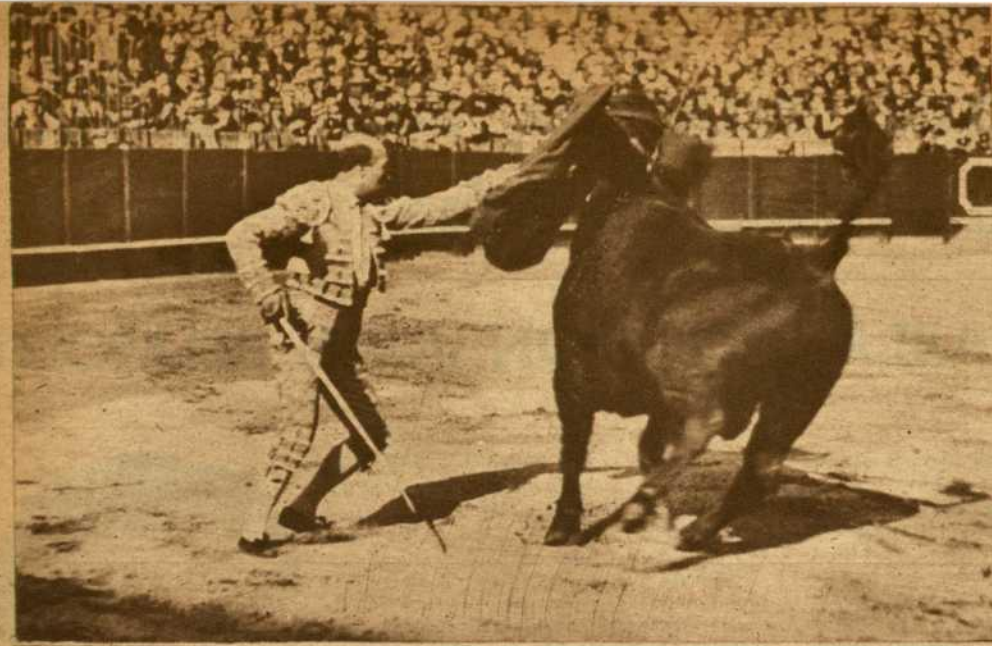
Uno de ellos nos sacó de la incertidumbre:

—Porque desde la calle «oías» a torero.

Nada más, y nada menos.

MIGUEL RODENAS





Los cuarenta y cinco años de vida torera de RAFAEL EL GALLO

¡Y DECÍAN QUE A EL NO LE PODÍA COGER UN TORO!



XIII

Siempre se ha tenido la opinión de que El Gallo es de esos pocos toreros a los que no pueden coger los toros como no les tiren un cuerno. Pero esto no es más que una verdad muy relativa, porque El Gallo ha sufrido bastantes percances y numerosos revolcones, y aun no hace muchos meses, ya creo haber referido cómo fué empitonado cuando intentaba poner banderillas en un festival. Por tanto aguantar, salió enganchado, con tal aparato y con la cara tan llena de sangre, que su sobrino José Ignacio y Juan Belmonte, padre, entre otros, se asustaron mucho y decidieron retirarle definitivamente de las Plazas, como si eso fuera posible tratándose de Rafael.

A «El divino calvo» no le han cogido mucho los toros, si mucho no es catorce heridas graves, de las cuales una sobre todo fué gravísima. Rafael estuvo al borde de la muerte, y toda España puede decirse que estuvo pendiente entonces de la suerte de Rafael.

Pero... su fama era ésa. Y tan arraigada, que hasta la señora Gabriela parecía que participaba de ella. Por lo menos, circula por ahí desde hace años una anécdota que parece demostrarlo así. Veán ustedes, pues, hasta qué punto llegaba el convencimiento de que a El Gallo era poco menos que imposible que le hicieran daño los cornúpetos, como se ha dicho hasta ahora, o los cornúpetas, como indican que hay que decir desde ahora, por no sé qué reglas de tres de ese del lenguaje y la Academia.

Toreaba El Gallo en su Sevilla querida. Al poner un par de banderillas, el toro le dió un fuerte varetazo en un muslo. Cuando al terminar la corrida llegó a su casa, entró cojeando. La señora Gabriela le miró asombrada, sin explicarse aquello, sin querer creer lo que suponía.

—¿Es que te ha cogido el toro, Rafael?—le preguntó extrañada la señora Gabriela.—
—Sí, madre.
—¿Pero es que el toro ha saltado la barrera detrás de tí, porque sino no me lo explico.

Y, sin embargo, a Rafael le han pegado los toros, y le han pegado bien. Su boca guarda la cicatriz de aquella cornada que le dió un toro de Piedras Negras, en Méjico, el 7 de diciembre de 1902. En Madrid sufrió en 1910 una cogida de consideración: dos cornadas le dió el mismo toro y estuvo grave durante varias semanas. Pero la más terrible fué la de 1914, aquella que fué llamada «la tragedia de Algeciras», y que bien merece recordarse por la emoción que causó en todo el país.

Toreaba El Gallo con Morenito de Algeciras y con Joselito. Salió el segundo toro, Cumbreño, de Moreno Santamaría, berrendo en castaño. Se estaba en la suerte de varas, y Rafael abrió el capote para colocar el toro en suerte; pero éste se arrancó sin obedecer al engaño, y El Gallo fué cogido por el pecho y lanzado al aire. Se levantó el torero, llevóse las manos al sitio lesionado y cayó intensamente pálido. Un estremecimiento de terror corrió por el público y un grito se escapó de todas las gargantas. La emoción del momento fué enorme, pues a nadie se le podía ocultar que se trataba de una cogida grave. Rápidamente acudieron en su auxilio sus compañeros, y en brazos de los empleados de la Plaza fué llevado, sin conocimiento ya, a la enfermería.

Muchos espectadores abandonaron sus localidades, llevados de la ansiedad de conocer el alcance de la cornada, y a la puerta de la enfermería se agruparon numerosas personas, que esperaban con impaciencia la salida de alguien que les informase. Fué el primero en salir El Patatero, a quien le habían dicho que la cornada era transversal y que no ofrecía gravedad. Pero muy pronto corrieron otras noticias que, por desgracia, eran las verdaderas, y según las cuales el estado del diestro era gravísimo. La inquietud en la Plaza iba aumentando, y a cuantos cruzaban por el callejón se les preguntaba por el estado de Rafael.

Poco después se facilitaba el primer parte, que decía así: «Durante la lidia del segundo toro ha ingresado en esta enfermería el espada Rafael Gómez, Gallo, con una herida penetrante de pecho y fractura completa del esternón por la parte superior.»

Por toda la población se supo, inmediatamente de ocurrir, la desgracia. Y la impresión fué indescriptible. Miles de personas se dirigieron a la Plaza para enterarse de lo sucedido, y como las primeras noticias eran muy alarmantes, llegó a decirse que la herida era mortal de necesidad. Tal cantidad de público se congregó, que hubo que establecer un servicio de policía, ante el temor de que la enfermería fuese invadida. Entre tanto, Joselito, en el ruedo, hacía una de las mejores faenas de su carrera. Más tarde contaría que aquella fué la peor tarde que pasó en toda su vida y que cuando vió a su hermano caer al suelo manando sangre, se quedó mudo de la impresión.

Después de practicada la primera cura se le trasladó al herido al hotel, colocado en una camilla, y durante el trayecto un inmenso gentío le siguió. Inmediatamente se cursó un despacho a Sevilla diciéndole a la familia que sólo tenía un puntazo leve.

El teléfono y el telégrafo llevaron pronto la triste nueva a todas partes. En Madrid se celebraba aquel día la corrida del Montepío, y durante la lidia del último toro empezó a circular lo ocurrido.

Muchos aficionados la pusieron en duda por aquello que dijimos antes de la fama que tenía Rafael de ser invulnerable: su maestría en el capote, el hecho les parecía inverosímil.

Un pronto como Joselito terminó su misión en el ruedo acudió al lado del herido, para no separarse de él hasta que estuviera fuera de peligro. Joselito explicaba el percance diciendo que a Rafael le había cogido un toro como le podía haber cogido un torero. El astado correteaba por la Plaza; Rafael quiso colocarlo en suerte para picar, y en una de estas carreras le encontró y se abrió de capa. El toro, que era toro, llegó donde el torero estaba, no hizo caso de la capa, tiró el capote, alcanzando a Rafael, y siguió su camino. En opinión de José, iba el toro tan ciego y tan huido que de no haberse encontrado con Rafael, se hubiese estrellado contra la barrera o con el primero que se hubiese tropezado.

A la cabecera del lecho, en el que El Gallo se debatía entre la vida y la muerte, acudieron también dos de sus hermanas, que se hallaban en Algeciras pasando las fiestas en casa de unas amigas.

Una idea de la expectación que en todas partes produjo «la tragedia de Algeciras» fué que la Compañía de Teléfonos dió orden para que la central de esta ciudad funcionara toda la noche.

En Sevilla se supo a la media hora lo ocurrido. Los amigos se apresuraron a ir a Teléfonos para poner despachos en demanda de noticias concretas. Y ante la casa de los Gallos, así como ante el Club Gallista, se agolparon miles de personas.

La madre y la hermana mayor de Rafael sufrieron síncope, pues aunque se les telegrafió, como hemos dicho, que la herida no era de gravedad, llegó hasta ellas el pregón de los vendedores de periódicos. Dirigieron un telefonema a Joselito diciéndole que sabían la verdad y que les comunicara lo que hubiera, sin ocultar nada, y Joselito respondió así: «Por la gloria de papá que no hay cuidado. Tranquilízate.»

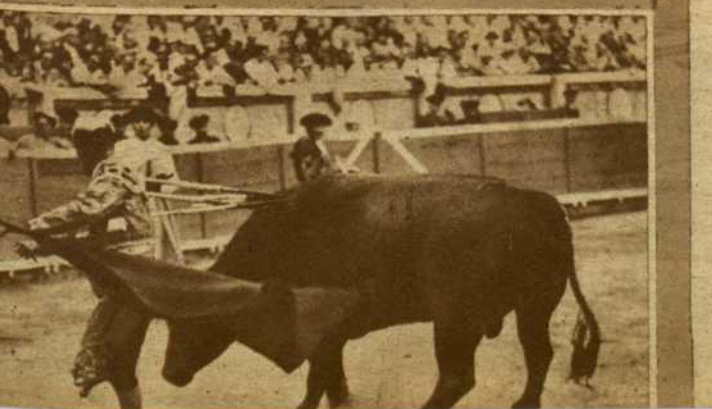
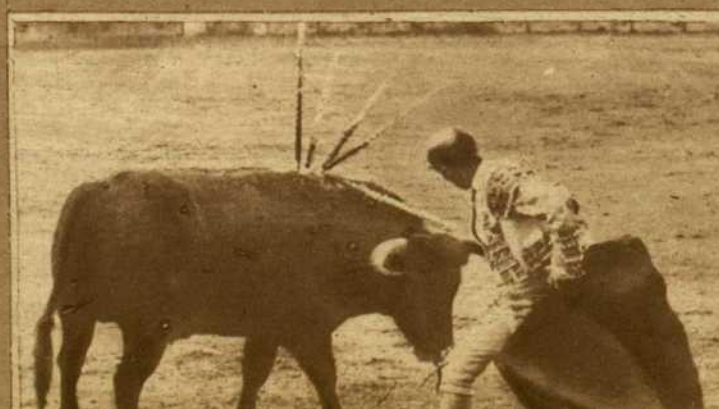
Otra muestra del interés que despertó la cogida de El Gallo es que los periódicos de Sevilla publicaron extraordinarios que fueron agotados en muy pocos minutos.

Muchos íntimos de Rafael salieron para Algeciras desde Madrid, Sevilla y Valencia, ciudad esta última donde el núcleo gallista tenía más importancia que en ninguna otra y donde, naturalmente, se produjo un movimiento de sensación inusitada. La noticia fué dada a conocer por un anuncio puesto en la pizarra de *Las Provincias*. Asimismo en Barcelona, los periódicos colocaron pizarras con las últimas noticias y un gran gentío esperaba la aparición cuando eran retiradas. Aumentaron los diálogos sus tiradas y las Redacciones se vieron asediadas por personas que pedían detalles.

Rafael pasó la noche tranquilo, descansando en algunos momentos. A la mañana siguiente estaba muy animado, hasta el punto de opinar que era cosa de poco tiempo. Nunca se ha sabido si es que no se dió cuenta en aquellos momentos de su gravedad o si es que no le preocupaba. Rafael luchó algún tiempo días con la muerte, hasta que la venció al fin. Toda España siguió, durante varios días, pendiente del estado de El Gallo. Cuentan que cuando le describieron la gran faena que había hecho Joselito, lloraba.

No perdió en ningún momento la entereza ni la serenidad y a todos iba animos—siendo él el que debía necesitarlos—, quitándole importancia al percance, a aquella tremenda cornada que le destrozó el pecho y que hizo temer por su vida. Fué en la Plaza de Algeciras, el 14 de junio de 1914.

(Y decían que a él no le podía coger un toro!)
RAFAEL MARTINEZ GANDIA



LAS FERIAS DE LOS PUEBLOS

Por ANTONIO DIAZ - CAÑABATE

No me refiero a las fiestas de los pueblitos y de los villorrios, antes denominadas capeas y que fueron hasta hace unos años escuela de aprendizaje de muchos toreros, sino a esas otras que celebran los pueblos, pueblos grandes, esos pueblos a veces más importantes que la capital de su provincia y que es donde se conserva más puro ese encantador ambiente pueblerino, dicho sea en tono de alabanza y no de menosprecio. Las fiestas de estos pueblos son deliciosas. Hay que ir a ellas sin prejuicios y sin que el ánimo flaquee por molestia de más o menos. Y entonces saborearemos plenamente su alegría. Sobre todo en la corrida de toros.

En la corrida de toros de una feria de éstas, tiene acaso más interés contemplar y sentir el espectáculo de los tendidos que el del ruedo. En el ruedo los toreros no se esfuerzan demasiado. Están en un pueblo y creen que todo les está permitido, incluso el no arrimarse, incluso estar más tiempo de rodillas que de pie. Cuando un torero en una plaza de importancia se adorna con exceso, los aficionados, que están en el secreto, chillan: «¡Fuera, al pueblo, al pueblo!» Y creen que han cumplido una misión trascendental. Es verdad que en los pueblos gustan de los adornos toreros. Me parece natural. Ellos no ven más que una corrida al año y lo que les agrada es divertirse por las buenas. Que no les vengan con garrambinas de clasicismos y tecnicismos. Sólo los mulleidos del pueblo exigen al diestro, muy enfadados. ¡Con la izquierda! Pero casi nunca el torero les hace caso y siguen de rodillas tan a gusto.

Estas plazas pueblerinas no suelen tener más que un piso para palcos y gradas. Allí, en los palcos, se sienta todo el señorío de la localidad. Niñas casaderas y señoras casadas van ataviadas con mantilla y mantón. No es cosa ahora de condolerse por esa falta de buen gusto tan manifiesta en toda clase de mujeres desdeñando el uso más frecuente de la mantilla. Ellas se lo pierden. Porque no existe mujer fea enmarcado su rostro por las blondas de una mantilla. Hay que venir aquí a los pueblos para contemplar racimos de mujeres con mantilla. ¡Mujeres que apoyan sus brazos en el barandal cubierto por el mantón de Manila. Qué fiesta para los ojos! En el ruedo corretean un toro y varios toreros, ¡bueno, y qué! La gracia de la corrida no se encuentra allí, sino en los palcos, en los racimos de mujeres con mantilla, porque así están, como racimos, apelotonadas, agrupadas con arte, como en un lienzo de Zuloaga. Detrás de ellas aparecen cabezas de hombres que desentonan bastante, ¡qué lo vamos a hacer! Cabezas de hombres que se dirigen hacia los tendidos como si ellos también quisieran recibir el homenaje de las miradas. A estas cabezas hombrunas que surgen entre las mantillas dan ganas de tirarles esas pelotas que en los puestos del ferrial sirven para abatir montoncillos de botes de hojalata.

También por los tendidos pululan mujeres, éstas sin mantilla, aunque con sus trajes más flamantes y vistosos. Algún día habrá que tratar de la curiosa coincidencia que de algún tiempo a esta parte se ha producido en el público de las corridas de toros. A partir del empujamiento de los toros, y por lo tanto de la disminución del peligro para los toreros, las mujeres dan en asistir a la fiesta en número considerable y cada vez en aumento. Antes los toros eran demasiado fuertes para la sensibilidad femenina. Las mujeres no podían resistir las emociones de la lucha de un hombre con un toro. Ahora esta lucha casi no existe, los toritos permiten la vistosidad en su lidia: permiten las alegrías casi funambulescas y ya no se oyen en las plazas gritos de mujeres que se tapan los ojos para no ver el riesgo constante del lidiador. Las corridas de toros—esto es evidente—van perdiendo su aire trágico. Libre Dios de anatematizar semejante transformación. Pero algún día habrá que hablar de ello con extensión para situar en su justa medida muchas cosas que andan en los toros desorbitadas.

Sin embargo, antes las mujeres iban en gran número a estas corridas de los pueblos, venciendo su poquedad de ánimo la singularidad de la única corrida que les era posible presenciar. Ahora, a tono con lo que dicho queda, con mayor motivo acuden a los toros. Acuden con un gran paquete que contiene copiosa merienda. La bota de vino que ha de rociarla la porta el marido. Y en cuanto sale el primer toro empiezan a comer y a beber. Y con la boca llena y la bota en alto van asistiendo a los incidentes de la lidia. Este público de los pueblos no tiene término medio. O es bonachón, muy bonachón, o es ferocemente intransigente. En un caso o en otro, excesivamente chillón.

En los tendidos distinguimos tipos muy curiosos. A los señoritos que de vez en cuando hacen una escapada a Madrid, los advertimos en seguida, porque son los únicos que no aplauden cuando toda la plaza rompe en una ovación. Ellos están por encima del bien y del mal, porque ellos han visto dos corridas en el ruedo madrileño y a ellos no se la da nadie.

—¿Pero no te gusta la faena, Sebastián?—le interrogan, asombrados, sus amigos.

—Hombre, te diré, le falta acoplarse con el toro.

Y se quedan tan tranquilos, y sus amigos, apabullados.

¿Pues y los que presumen de conocer intimamente a los toreros? Estos se pasan toda la tarde contándoles a sus vecinos la vida del diestro sin omitir detalle íntimo. Saben hasta el nombre de su novia y lo que gana y lo que gasta. En esto no se paran en barras. Echan los miles de duros que produce escafofrío el oírlos. Luego están los inocentes, los cuales no hacen más que preguntar por el nombre de los toreros, confundidos una y otra vez, y salen de la plaza sin enterarse cuándo toró Mengano o cuándo Perengano. No por



La mantilla española enmarca los bellos rostros de las mujeres que asisten y realzan con su presencia la fiesta taurina del pueblo. Mujeres que apoyan sus brazos en el barandal cubierto por el mantón de Manila. (Fotos Manzano.)



Los toreros en el "patio de caballos", momentos antes de la corrida. Dos picadores esperan a la "intemperie serrana" el instante de que suene el clarín para salir al ruedo

tal ignorancia dejan de alborotar, que es a lo que han ido a los toros.

Estas plazas de pueblo estallan de colorines. Como son bajitas, por encima de los tejadillos que las rematan se ve el campo. Allá, a lo lejos, una loma pedrada, ocre, que parece calcinada por el sol implacable. Vuelan sobre el ruedo golondrinas y vencejos uniendo sus chillidos a los de la multitud. La charanga no cesa de tocar pasodobles que nadie escucha, pero la gente grita ¡música! como el estribillo de la corrida.

Ya en el sexto toro el gentío está cansado. Cede un tanto la bullanga. Se inicia el crepúsculo. Nada tan poéticamente conmovedor como el crepúsculo de la tarde de la corrida de feria. Ya no hay sol en la plaza. Ya no hay vino en las botas. De tanto levantarse y sentarse para que las vean bien, se les han caído los claveles que llevaban prendidos en el pelo las señoritas de las mantillas. Se acabaron los toros. Las mulillas, con lento paso, sin ruido de cascabeles, como si con el cadáver del último toro arrastrasen también la fiesta muerta, dan al momento aire melancólico.

Queda el desfile por las calles. Todo el pueblo se agolpa en ellas. Pasan los coches y las jardineras descubiertas ocupadas por las señoritas con mantilla. Todas las comadres las devoran con los ojos y con las lenguas. En hórridos taxis cerrados, los toreros. Y los dos caballistas que han hecho el despejo al frente de las cuadrillas, muy puestos, con sus trajes campeños, sus zahones y su sombrero ancho, hacen caracolear sus jacas, que para eso las tienen. Del ferrial llegan relinchos de caballos, mugidos de bueyes, sones de música, eco de altavoces. Aquí, en esta taberna, y allá, en el Casino, se comenta a gritos el resultado de la corrida. Las señoritas se resisten a quitarse la mantilla y se presentan con ella en el baile. Dirán ustedes que soy un exagerado y quizá tengan razón, pero yo no cambio una feria de pueblo por la mismísima feria de Sevilla.



¡Aquellos dibujos de Cilla!...

Por MARIANO S. DE PALACIOS



Corren los últimos años del siglo. En la vieja Plaza de Madrid, mudo testigo que fué de la mayor parte de nuestra historia taurina, el afán de emulación, la competencia se acrecienta de día en día. Si como con las hojas de un almanaque y en sentido inverso cronológicamente hubiéramos ido quitando a ambos lados de la puerta grande las inmensas hojas de cartel de los últimos tiempos, ¡qué de nombres! ¡Qué de recuerdos y figuras vendrían a nuestra memoria!

Mazzantini, Lagartijo y Frascuelo; el Guerra, Fuentes y el Espartero; Pepe-Hillo, Enlilio Torres, Bombita, y Machequito; el Gallo; Saleri y Vicente Pastor; Gaona, Algabeño y Bienvenida; Maera y Fortuna...

Más tarde, las figuras cumbres del siglo: Joselito y Belmonte, y con ellos, Grenero, Gitanillo de Triara, Sánchez Mejías, Marcial Lalanda, Villalta y Cagancho... Corren los tiempos en que no existe todavía el «Metro» ni aun el propio y casi anacrónico tranvía. Son aquellos tiempos, ¡ay!, en los que la calle de Alcalá se vestía de gran gala las tardes de toros. Tardes de domingo o en las de corridas extraordinarias. Días en los que hasta el sol parecía querer contribuir a la fiesta dando ambiente,

luz y color, que se reflejaba en los entonces tupidos alamares de los trajes toreros, que relucían y brillaban en aquellas tardes pegajosas, calenturientas y sensuales en las que un cortejo torero desfilaba flamante, magnífico, espectacular y soberbio en su riqueza colorística a lo largo de la ancha calle de Alcalá, cuajada de curiosos y aficionados, repleta, atestada de gente. Cabalgata vistosa de coches «landós» y jardineras descubiertas, con los espadas y sus cuadrillas unos, con mujeres otros, con mujeres, ¡ay!, adornadas con vistosas mantillas, marco a una belleza morena, casi siempre morena y española, gitana y garbosa, castiza y al mismo tiempo señorial, muy a lo duquesa Cayetana, aquella que inmortalizó el pincel del adusto don Francisco de Goya. Y los picadores, llevando a la grupa al «monosabio», y los alguacillos, estampa rediviva de otros tiempos, y todo ese ir y venir de gente, de carruajes, de vendedores ambulantes. El de las naranjas, las limonadas y los abanicos... Entusiasmo, admiración y algarabía.

Son los tiempos en que no están todavía lejanos aquellos otros en que cobraba ocho mil reales un primer espada, que luego van a ir aumentando progresivamente a cuatro y cinco mil pesetas; a seis y a ocho, hasta llegar, normalmente, a cinco o seis mil duros... (¡!).

Son los tiempos de Perea, de Lizcano, de Chaves, nuestros más populares impresionistas de toros. Aun no han surgido ni Ricardo Marín, ni Ruano Llopis, ni Roberto Domingo. Pero ya existe el impresionismo taurino. *La Lidia*, sobre todo, se nutre de la labor del dibujante. El arte todavía no ha sido sustituido por la fotografía, el lápiz por la placa cromática, el ojo humano por el objetivo, la impresión personal por el reflejo luminoso.

Son los tiempos en los que un dibujante debe y tiene que hacer todo. El chiste político, la ilustración, la caricatura personal, el libro, el suceso, el teatro—aun no ha prosperado el cine—y hasta la ilustración en las revistas profesionales dedicadas al ciclismo, entonces como ahora en todo el furor de la moda; o lo que es lo mismo: la literatura y el periodismo.

Corren los primeros días del siglo xx, cuando Cilla inunda de dibujos la Prensa. Son los años alegres del *Madrid Cómic*, el de Sinesio Delgado, Taboada y Pérez Zúñiga. Son los años en que Madrid, la eterna ciudad alegre y confiada, vive para sí misma refugiada en una mesa de café o en el chismorreo de la Redacción del periódico.

La política durante la Regencia, no sufre o experimenta grandes alteraciones. O Cánovas o Sagasta, los dos ídolos de guardia en el Poder.

La gente, mientras tanto, llora con los dramas de Galdós y Echeagaray, que le brinda el arte interpretativo, el histrionismo de un Calvo o Vico, o la elegancia de don Julián Romea o don Emilio Mario.

Camino de la Plaza—ya antes hemos hablado de ellos—, Legartijo, Frascuelo y aquel gran señor de los toreros de aquellos tiempos que se llamó don Luis Mazzantini y Eguía. Tardes triunfales, apoteósicas, de arrogancia y valor; faenas de los grandes maestros. Lanear de capa y de muleta. Tardes de alegría y de duelo. Anverso y reverso de la medalla del toreo, que es la medalla de la propia vida.

Han pasado los años. Tantos, que ya casi todos los toreros han desaparecido, han muerto en el mismo escenario de sus triunfos, en la enfermería de la vieja Plaza o en la más o menos lujosa habitación de un hotel, rodeados, eso sí, de deudos y amigos. Otros, se retiraron ellos mismos de la vida torera azarosa y llena de peligros, antes que los retirara un toro bravo y de lidia como aquellos de Ibarra o de Saltillo, de Concha y Sierra, del duque de Veragua, de Urcola, de Parladé o de Pablo Romero.

Una tarde... Corre el mes de mayo de 1935. Calle de Alcalá arriba, camino del Retiro, y como dando cansinamente un paseo, van tres hombres: don Ramón Cilla, don Juan Pérez Zúñiga y el que esto escribe. Allí, en la tertulia de un ventanal del Círculo de Bellas Artes, ha quedado el gran Vicente Pastor charlando con otros amigos.

Es domingo y hace sol. Es domingo y es día de corrida, con un gran cartel. Pero, ¡ay!, la calle de Alcalá ya no es la misma. Ni «landós», ni jardineras, ni coches descubiertos... Menos aún aquella carretela vistosa con jacas enjaezadas a la andaluza, aquellas seis u ocho jacas de trote ajroso y de brazada corta, poniendo la nota elegante y vistosa del desfile. Ya no los espadas y banderilleros luciendo al sol los alamares oro y plata de sus trajes de luces; ya no las blancas o negras mantillas, de encaje o de madroños; ya no las chaquetillas cortas y sombreros anchos. Ni los picadores, ni los alguacillos, ni los «monosabios». En autos veloces y cerrados van los espadas, huyendo de la mirada de admiradores y curiosos; en «Metro» o en tranvía—el anacrónico tranvía—gran parte de la afición.

Subiendo por la calle de Alcalá en una tarde de mayo y de corrida, van tres hombres. Se han parado los tres precisamente en la puerta de Alcalá, donde estuvo aquel primer caso taurino en los tiempos de Fernando VII.

—¿Cómo cambian los tiempos!—ha dicho el bueno de don Ramón Cilla. Y en sus claras pupilas, veladas ya por las crueles cataratas, parece que pasa un sinfín de imágenes y de recuerdos de otros tiempos toreros.

Y con su voz lenta y agradable en la modulación, con aquel tono que parecía sien pre confidencia, el gran Cilla, el más popular, polifacético y admirado de los dibujantes de estos últimos tiempos, nos va diciendo...

—Cierta día, en la Redacción de un periódico madrileño, hube de hacer un retrato de Mazzantini. Parece que todavía lo recuerdo. No había tiempo apenas y era preciso, por ser figura muy conocida, el acertar en el parecido. Y de memoria, de memoria, sí, ¡tantas veces lo había hecho!, hice el retrato pedido.

Un retrato alegórico de torero triunfador. En una mano, en la diestra, Minuto; en la otra, la bola del mundo taurino.

Y se publicó. Se publicó y fué un éxito... Y otro día...

Y así siguió don Ramón contando historias de toros y toreros, de anécdotas de barrera para dentro, recordando aquel dibujo de Mazzantini, mientras don Juan Pérez Zúñiga, el autor de las más disparatadas aventuras de estos tiempos, *Los viajes morrocotudos*, en colaboración con Joaquín Xaudaró, el dueño del más popular y simpático perro del mundo, miraba el ir y venir de la gente con sus ojillos vivaces y micopes tras el biombo de cristal de sus gafas, para después exclamar también al ver en un auto al espada:

—¿Cómo han cambiado los tiempos!

Y era que ellos, personajes de otro siglo, no acertaban a comprender—nosotros sí—por qué la fiesta de los toros ha perdido en vistosasidad e interés un cincuenta por ciento.

Y los tres seguimos caminando calle de Alcalá arriba en aquella tarde de sol y de toros del mes de mayo, sin brillo de alamares y sin sonrisas de mujer bajo los claveles que adornan las mantillas, mientras el gran dibujante Cilla trazaba en el aire con el recuerdo aquella estampa de Mazzantini, que andando el tiempo había de ser motivo en EL RUEDO de este reportaje retrospectivo.



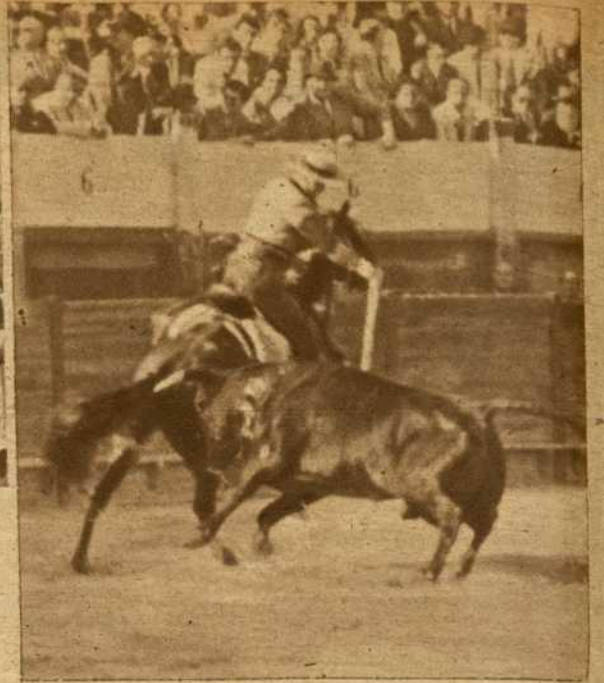
Dibujo de Luis Mazzantini, debido al certero lápiz de Cilla, con aquella agudeza de ingenio artístico que le caracterizaba



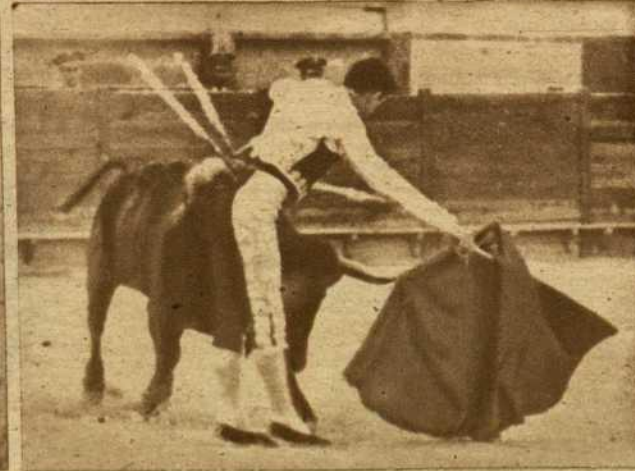
Las cuadrillas en el momento de iniciar el paseo

Corrida extraordinaria en Cádiz Toros de Domecq, para Ortega, Manolete y Arruza

ALVARO DOMECCQ rejoneó un astado



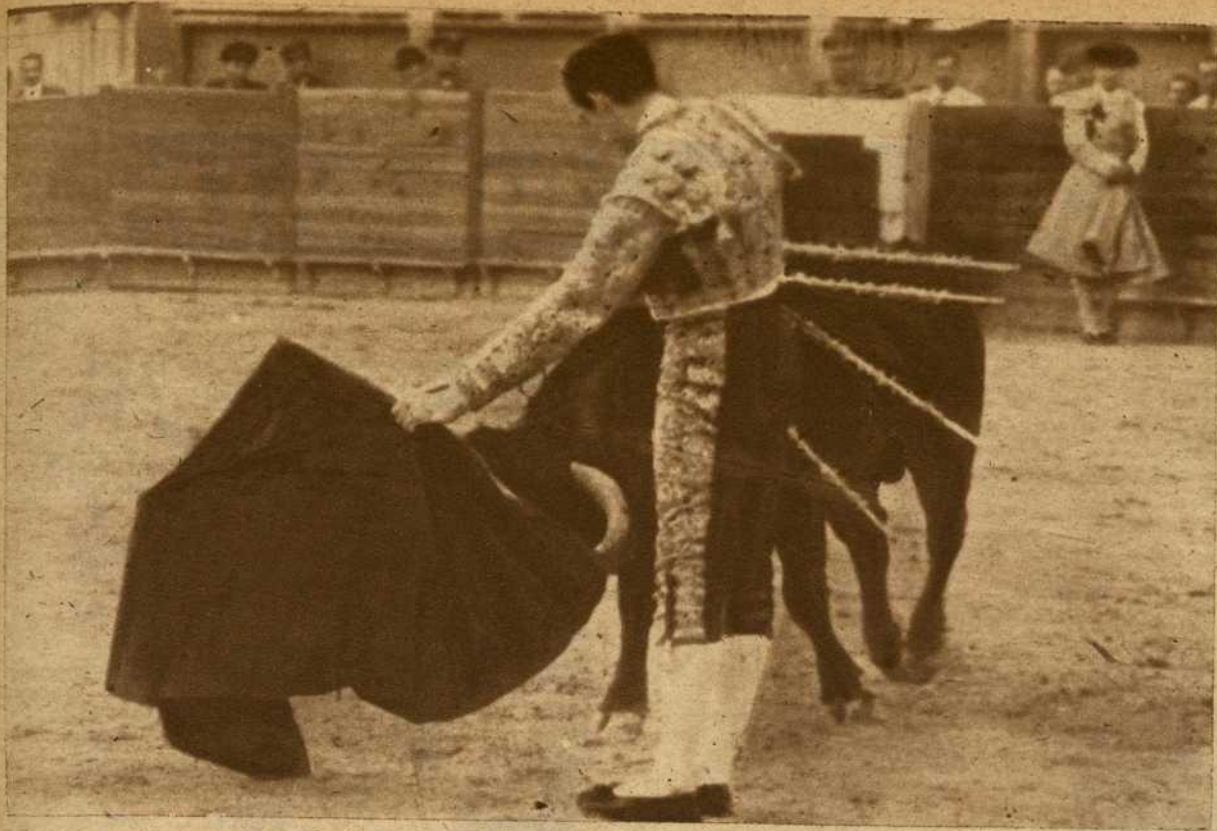
Domecq colocando un rejón en su toro, al que cortó la oreja



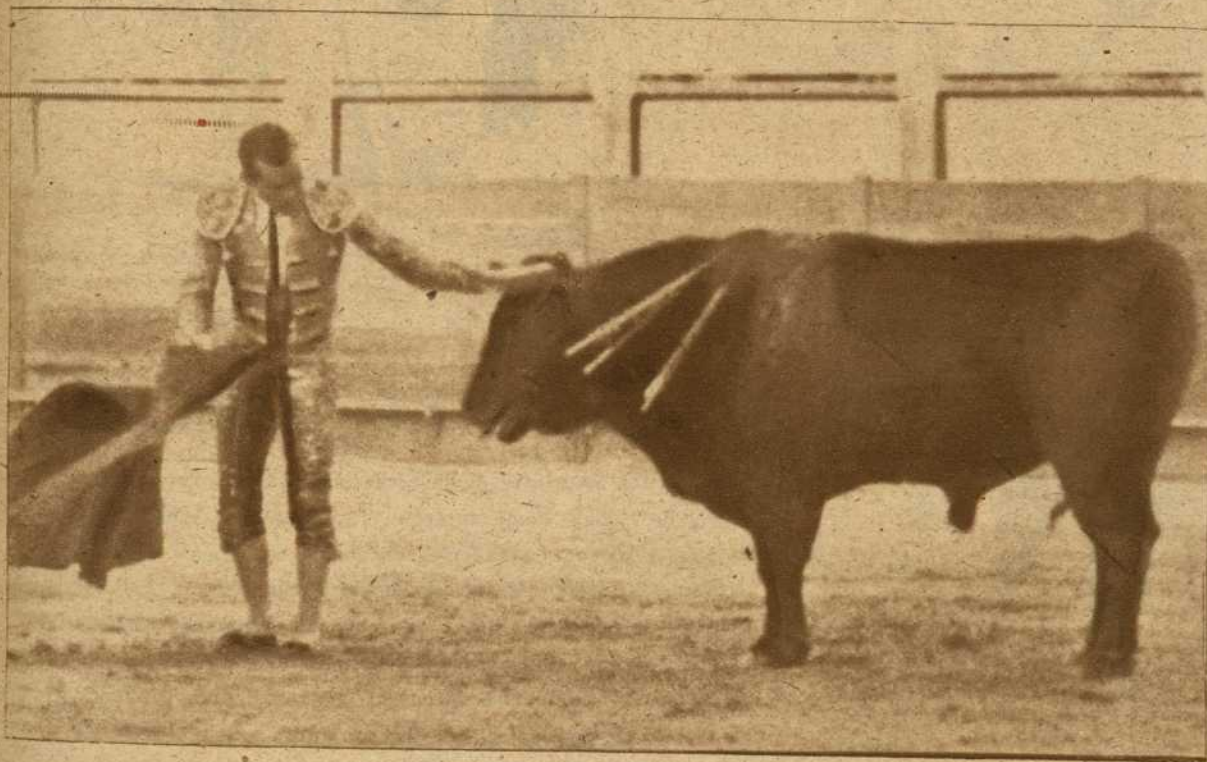
Tres momentos de la faena de Manolete al toro del que cortó la oreja.—De arriba abajo: Una manoletina, un derechazo por bajo y un pase característico del cordobés mirando al público

De arriba abajo: El mejicano quitando por chicuelinas. Un par de banderillas y el primer momento de la cogida sufrida por Arruza

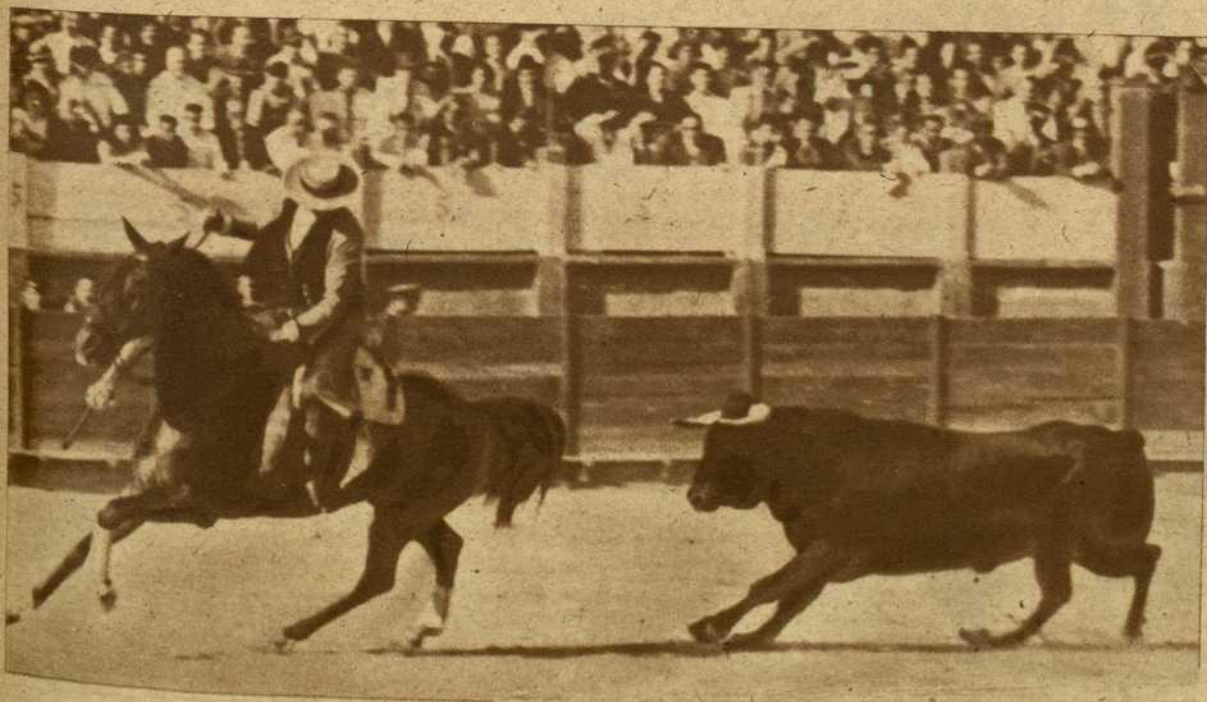
Ortega toreando de muleta.—De arriba abajo: Un derechazo. El de Borox inicia la faena del segundo con un ayudado y una manoletina de Domingo (Fotos Arenas.)



Manolete en la faena al toro del que cortó la oreja, toreando al natural



Domingo Ortega adornándose en su segundo toro de la corrida lidiada en Cádiz



Alvaro Domecq corriendo al toro preparándole para colocar un rejón

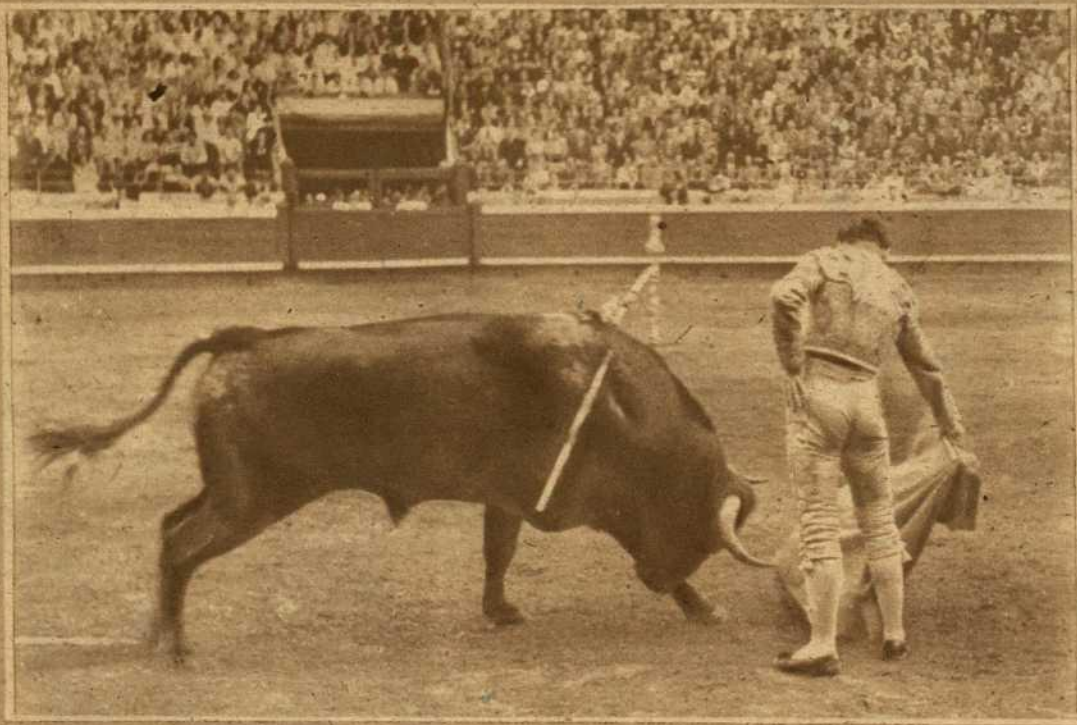


Arruza en un par de dentro afuera



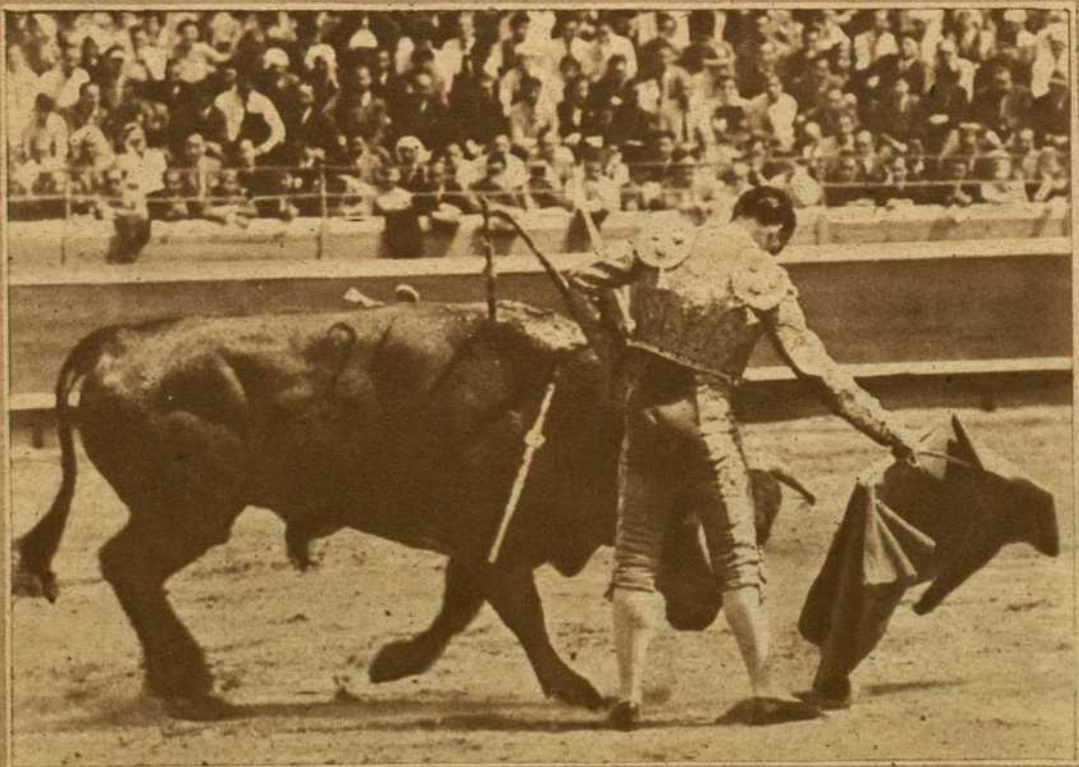
Manolete, en el centro del ruedo, saluda al público, que le aclama

EL ANDALUZ, EN BILBAO



Manuel Alvarez, ANDALUZ,

en varios momentos de su actuación en las corridas de feria de Bilbao. Como auténtica figura que es, Andaluz no pone reparos a ganaderías reputadas como poco cómodas para los toreros. En la corrida de Pablo Romero, Andaluz cortó orejas en sus dos toros; en la de Villagodio cortó la oreja de uno y fué aplaudidísimo en el otro, y en la de Miura dió la vuelta al ruedo en sus dos toros. Andaluz, triunfador en la feria de Bilbao, figura máxima de la totería, ha vuelto a lograr el éxito definitivo en una feria en la que el elemento primordial es el verdadero toro.

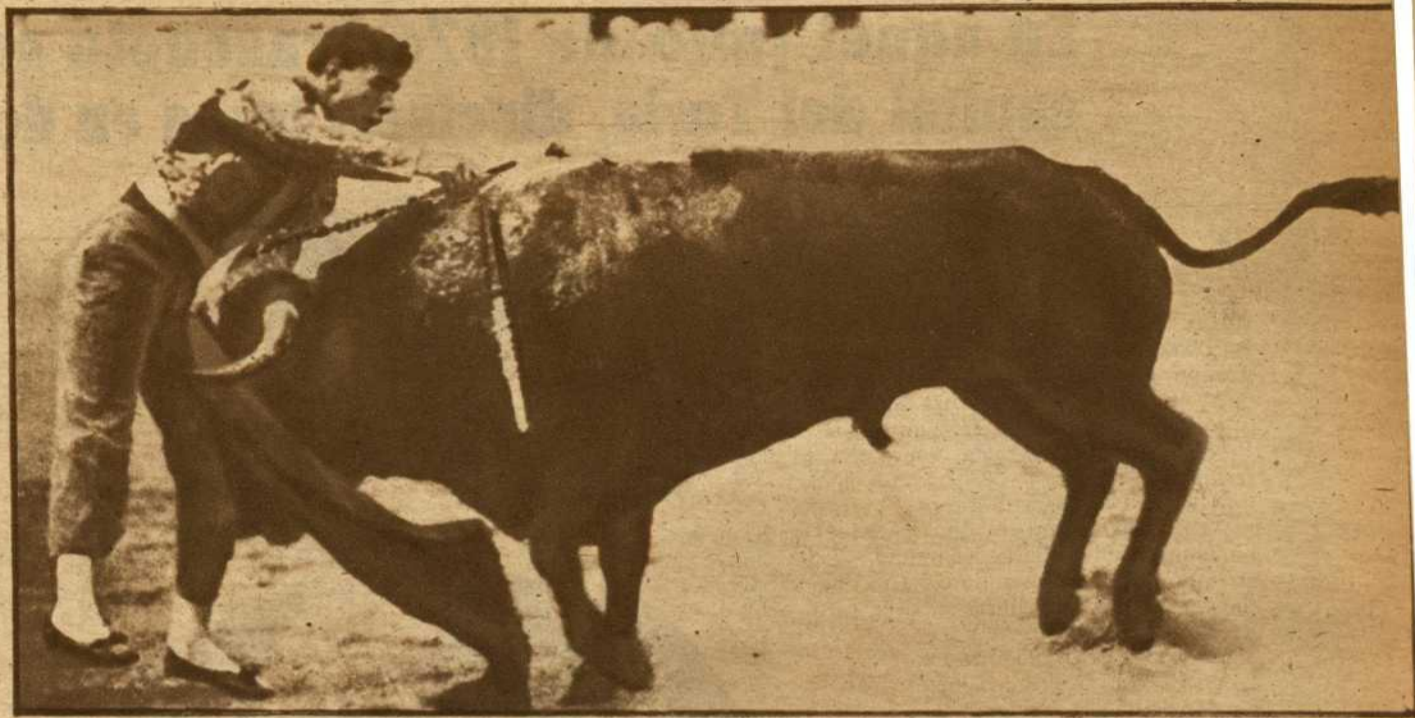




GENIO Y FIGURA

DE MARTIN AGÜERO A DON MARTIN AGÜERO

DE entre los nombres que dieron tardes de gloria a nuestra fiesta de toros hay uno que llenó con el fulgor de sus tardes triunfales



Arriba: Martín Agüero en una formidable estocada a un novillo de Angoso.—Abajo: En el centro del ruedo de la Plaza de Bilbao, Martín Agüero recibe la oreja de oro que le fué concedida en la corrida en la que alternó con Nicanor Villalta, Antonio Márquez y Félix Rodríguez

unas temporadas taurinas que todos recordamos con la delectación y—¡ay!—la nostalgia de las cosas que pasaron: Martín Agüero se llama, y, aunque nacido en el Norte, asimiló las enseñanzas de los maestros de la fiesta castiza y supo prender la emoción en los pechos como si del más andaluz de los toreros se tratase.

Innata virtud de nuestra raza, para la que nada hay imposible, que, en fin de cuentas, tan español es el nacido en el litoral de Cantabria como el que lleva en sus venas la sangre gitana; que si para ser torero se necesita valor y arte, cualquier español que se lo proponga podrá serlo.

El apellido pierde su dureza para adquirir una desconocida belleza, una eufonía que tiene hondas reminiscencias toreras: así sucedió con este antiguo matador, cuya vida vamos a tratar de recordar.

Una de estas tardes de las corridas de abono de Bilbao he encontrado a Martín Agüero en la terraza de un café donde se reúne habitualmente con los amigos que comparten el entusiasmo y la afición a la fiesta nacional. En el grupo, una jovencita: es Begoña Agüero, la hija del ex torero, ya notable bailarina.

—¿Tú naciste en Bilbao?—pregunto a Agüero.

—El 3 de febrero de 1902, en San Blas.

—¿Fueron duros los principios?

—Hubo de todo un poco. Yo salí por primera vez a la Plaza y actué como banderillero en una novillada de noveles, en la que toreaban 24 toreros nuevos. Pagué por ello 45 pesetas de mi bolsillo, sin entradas.

—¿Entonces eras rico para permitirte esos lujos?

—Las ahorré del pequeño sueldo del taller.

—¿Y qué pasó con tantos toreros nuevos?

—Daban un premio al matador y al banderillero que más se luciese en la faena, y a mí me correspondió un premio de cincuenta duros por mi labor. A partir de este momento empecé a torear en los pueblos del Norte como matador.

—Y haciéndote cotizar ya, naturalmente.

—Cobrando en unas Plazas unas pocas pesetas y en otras menos, hasta que llegué a debutar, sin caballos, en una Plaza como la de Zaragoza, y allí me abrí camino. Esto fué el año 1922. Esa misma temporada llegué a torear ya novilladas de postín y con caballos en Barcelona, alternando con Magritas y con un paisano mío, Torquito III. El año 23 hice mi presentación en Madrid, alternando con José Belmonte y José Paradas, con novillos de Esteban Fernández. Esa temporada del 23 llegué a torear 46 novilladas. Al año siguiente, el 24, toré 35 novilladas, hasta el día 31 de agosto, que tomé la alternativa en Málaga, con toros de Pablo Romero, de manos de Chicuelo y siendo testigo Fuentes Bejarano.

—¿Qué tarde recuerdas como más desgraciada?

—Tal vez aquella del año 27, en Bayona, de Francia, alternando con Juan Belmonte y su hermano Pepe, en la que recibí dos avisos en un toro de Angoso. Monsieur Campan, el empresario, me dijo al pagar: "Agüero, Belmonte, Belmontito y Angoso, s'est fini Bayone." Pero así y todo volví a torear todos los años en Bayona con el mismo monsieur Campan de empresario.

—¿Qué te parecen los toreros de hoy?

—Hay una serie de buenos toreros hoy que jamás los toreros de antes creímos que se podría llegar a torear así. Manolete, desde luego, es la cumbre. En estas corridas de Bilbao he visto un torero que es un verdadero artista, sobre todo con el capote: el Andaluz.

—¿Volverías a ser torero?

—Mañana mismo—me contesta con rapidez y entusiasmo—si mi estado físico me lo permitiese, pues, como sabes, tengo amputados los cinco dedos del pie izquierdo a consecuencia de una cornada que el 20 de mayo de 1928 me dió un toro de Esteban Hernández en la Plaza de Madrid.

—¿Qué día de más emoción recuerdas de tu vida de torero?

—El día que conseguí la primera Oreja de Oro en la corrida de la Prensa del año 26 en la Plaza de Madrid, alternando con Chicuelo, Valencia II y Villalta.

—¿No conseguiste otra?

—Al año siguiente, alternando con Márquez, Villalta y Félix Rodríguez. Las dos orejas se las entre-

gué a la Virgen de Begoña, nuestra Patrona de Vizcaya.

—¿Cómo se desliza en la actualidad tu vida?

—Tengo un negocio en San Francisco, con el cual estoy contento y me defiendo bien.

Y en esta tarde de toros bilbaína, con gran animación para la corrida, Martín Agüero añorará, sin duda, aquellas otras tardes de riesgo, de emoción y de gloria de su vida torera.

"SIN COMPADRES QUE LE AUXILIARAN..."

EL GORDITO, en la feria de Valencia, toreó al toro "Vinatero" entre los railes del tren

En aquel julio de 1876 Frascuelo mató, en la capital del Turia, dieciséis toros en dos corridas

Por Francisco Almela y Vives

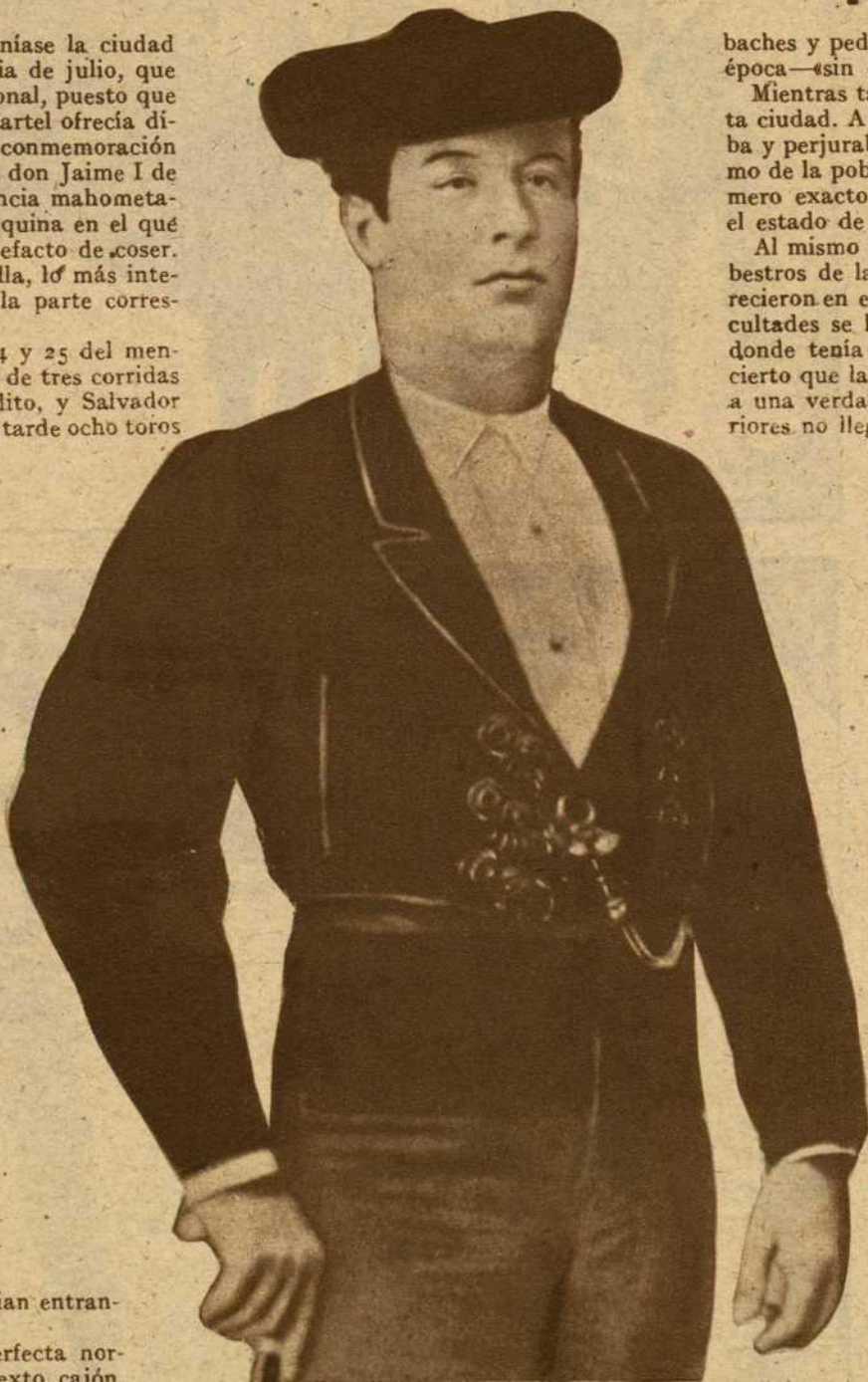
A mediados del año 1876 disponíase la ciudad de Valencia a celebrar su feria de julio, que aun no podía llamarse tradicional, puesto que databa nada más que de 1871. El cartel ofrecía diversas amenidades, como eran la conmemoración del sexto centenario de la muerte de don Jaime I de Aragón, el conquistador de la Valencia mahometana, y un concurso de costura a máquina en el que se adjudicaría como premio un artefacto de coser. Pero, al propósito de esta crónica, lo más interesante del programa general era la parte correspondiente a la fiesta de toros.

Anunciábase para los días 23, 24 y 25 del mencionado mes de julio la celebración de tres corridas en que Antonio Carmona, el Gordito, y Salvador Sánchez, Frascuelo, lidiarían cada tarde ocho toros de don Antonio Hernández, de Madrid, que el año anterior había enviado muy buen lote; de doña Dolores Monge, viuda de Murube, de Sevilla, ganadería no conocida hasta entonces en el coso valenciano, y de don Manuel García Puente López, de Colmenar Viejo, procedente de Aleas.

Unos días antes, el 19, llegaron a Valencia los ocho toros de don Antonio Hernández en el tren correo de Madrid, que por cierto llevaba notable retraso. Entonces, la estación terminal de la línea ferroviaria se hallaba en lo que hoy es centro de la ciudad, y los muelles y otras dependencias estaban por donde hoy se encuentra el edificio principal de la estación, o sea precisamente junto a la plaza de toros. Una vez salieron los señores viajeros, procedióse a desembarcar los toros—que eran unos señores toros—, para lo cual se situaron los vagones correspondientes en las cercanías de la plaza y se dispuso todo con objeto de, mediante una grúa, bajar los jaulones que uno o varios caballos irían entrando en la repetida plaza.

La operación verificóse con perfecta normalidad hasta el descenso del sexto cajón. Entonces, el carpintero que había hecho el viaje cuidando de tales jaulas, observó que la antedicha tenía algo deteriorada una tabla de la parte derecha, por lo que, para evitar contingencias desagradables, procedió a asegurarla con clavos y martillo. Al ruido de los martillazos, la bestia cornúpeta que estaba encerrada allí agitóse en su ergástula de manera que, ejerciendo presión contra el lado izquierdo, derribó éste y se encontró en libertad.

Era un toro negro, de muchas libras y magna cabeza, señalado con el número 9 y que respondía—es un decir—al nombre de *Vinatero*. De salida arremetió contra un caballo, al que dejó cadáver; seguidamente acometió a un pobre guardaaguas, al que atravesó un



Antonio Carmona, el Gordito, que en julio de 1876, en Valencia, hizo una de sus "mejores faenas" toreando al toro *Vinatero*, escapado del vagón donde venía el ganado para la feria

muslo. Y así hubiera continuado de no ocurrir... lo que se narra a continuación.

Presenciando el desembarco de los cajones se hallaba Antonio Carmona, el Gordito, y vió cuando *Vinatero* salióse de su encierro.

El famoso torero vestía jaquet y llevaba en la mano un bastoncillo. Con éste y con aquél improvisó una muleta, llamó la atención de la res y le dió varios recortes hasta que la dejó aplomada. Fue un alarde de valentía y serenidad, entre carriles,

baches y pedruscos y—como dice un cronista de la época—«sin compadres que le auxiliaran».

Mientras tanto, el pánico cundía por la inmediata ciudad. A los pocos momentos había quien juraba y perjuraba haber visto la fiera en el otro extremo de la población. Y no faltaba quien diese el número exacto de muertos y heridos, especificando el estado de cada uno de éstos.

Al mismo tiempo eran puestos en función los cabestros de la inmediata plaza de toros, que comparecieron en el lugar del acaecimiento y no sin dificultades se llevaron a *Vinatero* hasta los corrales, donde tenía preparado el dedibo alojamiento. Por cierto que la intervención de los cabestros se debió a una verdadera casualidad, ya que en años anteriores no llegaban hasta la misma víspera de las corridas feriales; pero en 1876 el director del Hospital—entidad organizadora de las corridas—había dispuesto que se «personaran» varios días antes en su lugar de trabajo.

Poco después de lo narrado, Antonio Carmona recibía plácemes de gran número de personas, la mayoría de las cuales aseguraban haberse hallado en inminente peligro de ser corneadas por el ya popular astado. La Prensa dió una circunstanciada referencia del hecho y además lanzó o recogió la iniciativa de que se concediera al Gordito una Cruz de Beneficencia. Y en la ciudad menudearon los comentarios.

Por fin llegó el día 23 de julio, en que, como ya se ha dicho, había de celebrarse la primera corrida de feria con ocho reses de don Antonio Hernández para el Gordito y Frascuelo. Como un aliciente para la fiesta se había dispuesto previamente que el toro *Vinatero* fuera estoqueado por Antonio Carmona, para lo cual se soltaría en quinto lugar.

La función resultó buena. El ganado se distinguió por lo parejo de su presentación, así como por el rendimiento general. Uno de los toros tomó dieciséis puyazos y derribó once veces, lo cual—a pesar de todas las logomaquias—implica una diferencia fantástica respecto a los toros de fabricación moderna. En cuanto a *Vinatero*, llamó la atención por su trapío y se mostró voluntarioso,

aunque se fatigó pronto. El Gordito no se enfrentó con él en buenas disposiciones: los toros primero y segundo le habían revolcado y, además, tenía una dolencia en los ojos. Sin embargo, manejó bien el trapo rojo y mató con suerte, después de pinchar en hueso dos veces. Antonio Carmona, a consecuencia de los atropellos antedichos, no pudo actuar los días 24 y 25, por lo cual Frascuelo, sin darle importancia al Colmenar ni a Sevilla, despachó mano a mano consigo mismo los dieciséis toros de ambas corridas.

Pero ello ya no interesa aquí, puesto que solamente se trataba de evocar aquella magnífica faena del Gordito en la vía pública (o, mejor dicho, en la ferovia).

CON MANOLO ESCUDERO EN LA CLINICA

"AHORA ME HAN PUESTO EL "GASOGENO" Y ESTOY MEJOR, PERO CUANDO ME ENGANCHÓ EL TORO CREI QUE ME QUEDABA ALLI"

Me enteré de la gravísima cogida de mi hijo al leer el martes el periódico — dice la madre del popular torero madrileño

SUBIMOS a la clínica para ver a Manolo Escudero. Las noticias que circulan acerca de su herida no pueden ser más contradictorias. Dicen unas que se halla fuera de peligro. Las otras acusan una triste gravedad.

Manolo Escudero está acabando de almorzar. Lo hace sin apetito pero, obedeciendo al médico, lo hace en abundancia.

—¿Qué tal, Manolo?

—Hoy—hablamos el sábado—puedo decir que estoy bien. Bien comparando con ayer, que creí me moría. Pero anoche me pincharon y me pusieron el gasógeno, y ya soy otro hombre.

Eso del «gasógeno» lo aclaramos pronto. Es un pequeño humorismo con el que califica a un drenaje que le han hecho en la pleura para dar salida, por medio de la goma de una sonda, a una exudación de líquido pleural que va a parar a una botella que hay a los pies de la cama.

La cornada sufrida por Manolo Escudero no fué de tanta gravedad como se temió en los primeros momentos.

—Ahora—vuelve a decirnos—me han puesto el gasógeno, pero cuando me enganchó el toro creí que allí quedaba.

—¿Cómo fué la cogida?

—Una cogida tonta. Era el último toro de la tarde y Gregorio García prendía el último par de banderillas. Yo iba andando hacia la barrera para abandonar la plaza, cuando vi al mejicano que caía y abrí el capote para hacer el quite. El toro se arrancó ciego, le atropelló y se me echó encima. Me enganchó y sentí perfectamente que me pegaba la cornada en el pecho. Me

tuvo prendido unos instantes, durante los cuales no sólo sentí un dolor terrible, sino que me di cuenta de cómo se desgarraba la carne. Pensé que me había matado y ya no pude levantarme. Lo demás, ya lo sabe usted.

Lo demás es que el cuerno le penetró por la región axilar, le perforó la pleura y le arrancó pequeñas esquirlas de las costillas. Se creyó en el primer momento que le había calado el pulmón, pero éste, afortunadamente, no sufrió más que el traumatismo consiguiente.

La herida está ya curada. Lo de las costillas no tiene importancia. Lo malo, lo que aun le retiene en cama, con «el gasógeno» a los pies, es la cosa pleural. Se ha producido un derrame, había unas adherencias y surgió espontáneamente un neumotórax traumático que le ha producido grandes molestias.

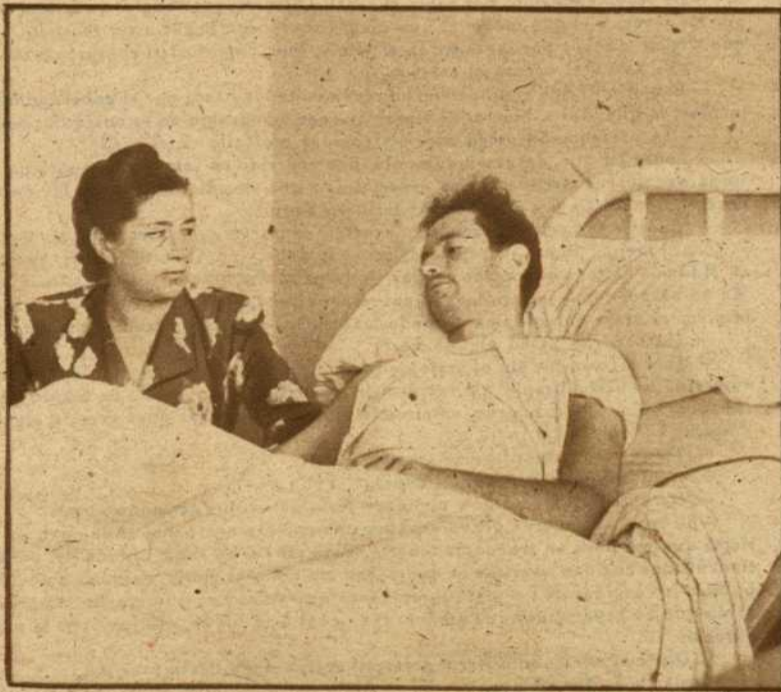
A causa de la pleuresía se sentía ahogar, y por ello le han hecho unas punciones y le han colocado el desagüe.

El pronóstico parece ya claro. Manolo Escudero se restablecerá completamente y podrá volver a los toros. Ahora bien; esto no será tan rápido como quisiera y esa lentitud es lo que llena de tristeza al torero madrileño.

—Aunque yo creo—dice lleno de ilusión—que estaré bien para realizar mi proyecto de ir a América...

La madre de Manolo Escudero se halla a su lado, desaparecida ya la inquietud angustiosa de los pasados días. Una inquietud que culminó en los momentos de su viaje para juntarse al hijo herido.

—Nosotros estábamos—refiere la madre de Manolo—pasando el ve-



Manolo Escudero, visto el sábado en la clínica de San Sebastián. Al lado del popular torero madrileño, su madre, que llegó el miércoles a la capital donostiarra. (Foto Marín.)

rano en Piedralabos, un pueblecito de la Sierra de Gredos, donde no hay teléfono ni telégrafo.

El lunes esperaba el periódico para ver el resultado de la corrida de San Sebastián; pero no trafa nada. Esto me extrañó un poco, pero no me causó inquietud.

El martes pedí los diarios. Mis hijas me dijeron que no habían llegado. Fui a casa de unos amigos por si lo habían recibido en el correo, y también negaron tener el periódico. Acudí a una fonda donde me dejaron *Informaciones*. Allí leí la grave cogida de mi hijo. Luego supe que todo el pueblo se había puesto de acuerdo para que yo no viera los periódicos.

No hay en Piedralabos coches de alquiler. Eran ya las cuatro de la tarde y mi desolación aumentaba al no poder hablar por teléfono ni correr hacia al lado de mi hijo. Había en Piedralabos un veraneante que tenía un coche. Le pedí que me llevara a San Martín de Valdeiglesias para alquilar un taxi y venir a San Sebastián.

Cuando acabábamos de salir del pueblo, llegaba mi marido en otro coche para buscarme. Había tardado varias horas en llegar porque al salir el lunes por la noche de Madrid, se le rompió el coche y tuvieron que regresar remolcados. Poco después de emprender la marcha trayéndome a mí, se volvió a averiar. Fué arreglado y llegamos a Avila, donde otra avería

arregló terriblemente el viaje. En Vitoria, otro desastre. Y, por fin, gracias a Dios, el miércoles a las cinco de la tarde, después de veinticuatro horas de camino, pude llegar junto a Manolo. No quiero para nadie el horror de la angustia de ese viaje. Tenía metidas en el corazón y en los ojos, las letras de *Informaciones* con «la gravísima cogida de Escudero».

No sabía si iba a encontrarlo vivo o muerto. Pero la Virgen de la Paloma me lo ha salvado.

La madre de Escudero ríe y llora a la vez mientras hace el relato y pone una mirada amorosa en las dos imágenes de la madrileña Virgen de la Paloma que en la mesilla de noche parecen velar al torero herido...

El Jueves, en Madrid

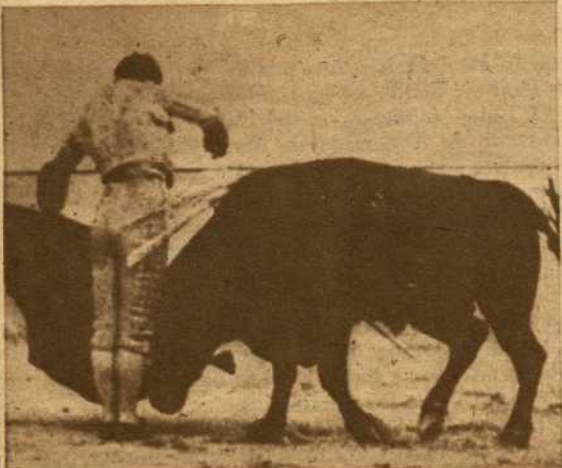
SEIS de CONCHA y SIERRA para EL CHONI, PARRITA y FELIPE GONZALEZ



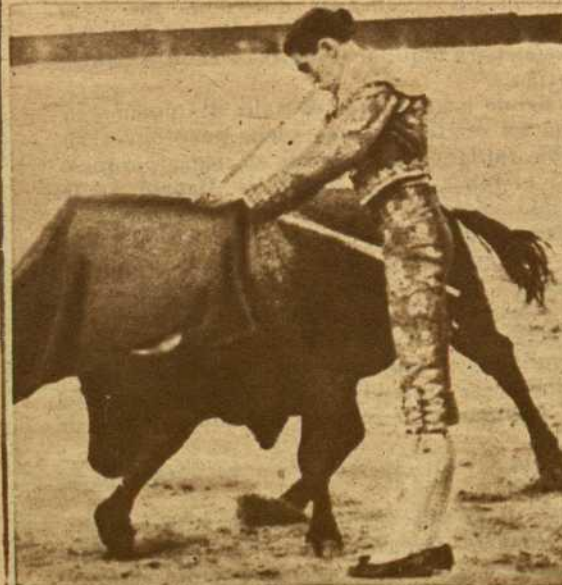
El Choni, Parrita y Felipe González, antes de salir al ruedo



El Choni iniciando un pase ayudado por alto



Felipe González en un muletazo con la derecha



Parrita en un ayudado por alto

LOS VIEJOS DEL RUEDO

FRANCISCO CHENEL, «Paquillo»



Lleva treinta y siete años de "monosabio"

Quando se despidió de la plaza vieja la emoción le hizo llorar

A CASO sea este Francisco Chenel, cariñosamente llamado entre sus compañeros Paquillo, el decano del personal auxiliar de la Plaza: pero si no lo es de todo el personal, si lo es de los monosabios, a la cabeza de los cuales figura por su veteranía y por su experiencia. Chenel es un viejecillo cuya simpatía corre parejas con su discreción. Acostumbrado a la interviú periodística, nunca dice más de lo que debe y de lo que le conviene decir. Se comprende que «podía» decir muchas cosas, pero que no «quiere» decirlas. El chillón indumento de monosabio adquiere cierta prestancia llevado por él con un no sé qué de extraño al observar la venerable ancianidad de su rostro y aquel certificado de experiencia que son sus cabellos completamente blancos.

—¿Aun no siente usted fatiga por el ejercicio de su profesión?— es lo primero que a cualquiera se le ocurriría preguntarle, y que le pregunto yo mismo.

—No, señor, ninguna, y si he de serle a usted completamente sincero, le diré que en este oficio me encuentro como el pez en el agua, no ya cansado, pero sintiendo, además, la nostalgia de estas cosas cuando necesariamente tengo que verme alejado de ellas, que es, por ejemplo, cuando se suspenden las corridas durante el invierno.

—¿Qué tiempo lleva usted actuando de monosabio?

—Nada más que treinta y siete años. Ya ve usted, se dice pronto, toda una vida dedicado a colocar los caballos delante de los toros y a levantar a los caídos, y, naturalmente, también a conducir a los heridos a la enfermería.

—¿Cree usted que se necesita cierto valor para ser monosabio?

—Indudablemente. Hay que ser un poco torero y tener el valor de aguantar la presencia del astado en el ruedo, a veces casi a nuestro lado mismo, rozándose con nosotros. Si usted ha presenciado alguna vez una corrida desde la barrera, se dará cuenta de esto. El volumen del toro aumenta de cerca en proporciones alarmantes. Sí: decididamente, no todos sirven para monosabios.

—¿Cuál es el procedimiento para obtener una plaza de monosabio?

—La recomendación, por regla general. Claro es que todo el que viene a este puesto tiene una loca afición por los toros, y el que más y el que menos sueña con llegar a ser torero. De otro modo no se explicaría el afán que tienen muchos por ingresar en el oficio, que, como usted comprenderá, tiene muy poco de envidiable.

—¿Es difícil el acceso al cargo?

—Tan difícil, que algunos vienen recomendados hasta por el gobernador, y, a pesar de eso, no consiguen colocarse, lo que indica bien a las claras que ser monosabio no es cualquier cosa, ni mucho menos.

—¿Ha presenciado usted muchas cogidas mortales en el ruedo?

—Todas las que, desgraciadamente, han ocurrido en ésta y en la antigua Plaza; pero las que más me impresionaron, por las circunstancias especiales en que sucedieron, fueron las de Granero—al que vi expirar en mis brazos—, la de Gavira y la del banderillero Soquita.

—¿Cuál es el mejor recuerdo que usted conserva de la fiesta taurina?

—¿El mejor? Pues... verá usted; ése se lo debo yo a Vicente Pastor. Fue la tarde que cortó su primera oreja en Madrid. El toro que le tocó lidiar se llamaba Carbonero, y era manso y muy difícil, por lo tanto, de torrear. Sin embargo, cómo se lució con el cabestro y qué faenón hizo con él el gran torero madrileño. Ya ve usted, fue la primera oreja obtenida en el ruedo madrileño, el espaldarazo, la consagración, la apoteosis del torero.

—¿Ha toreado usted alguna vez?

—Muchas, aunque sin el traje de luces y sin figurar mi nombre en los carteles. Y lo que es más estupendo todavía, ¡a cuerpo limpio! Quiero decirle que así, de monosabio, he tenido que entenderme muchas veces con los toros en medio del ruedo, en circunstancias dramáticas unas veces y algunas también en circunstancias casi cómicas o cómicas del todo.

—¿Tiene usted algún torero en su familia?

—Sí: mi hermano Fernando Chenel, el Pollo.

—¿Ha sufrido usted algún percance serio actuando de monosabio?

—Sí: tuve una cogida grave durante una corrida nocturna, en la cual, un toro de Veragua me hizo una «carriaca» que me puso en trance de muerte. Pero me curé y seguí al lado del cañón como un buen artillero. Lo que tienen estas cogidas nuestras es que pasan sin pena ni gloria y sin esa emoción espectacular que producen en el público las cogidas de los matadores. Claro que yo soy el primero en comprender que no es lo mismo un monosabio que un espada, aunque ambos, cada cual a su modo, nos jugamos la vida en un ambiente de peligro muy parecido.

—¿Quiere decirme su criterio personal acerca de la fiesta taurina?

—Aparte de que siempre me ha gustado extraordinariamente, soy de opinión de que antiguamente la profesión de torero era más penosa y más trabajada que ahora, y, desde luego, mucho menos lucrativa. Hoy, el torero, con el mínimo esfuerzo—ésta es al menos la sensación que da el toreo moderno—, gana más que el torero de antaño, lo cual no quiere decir que no sea, por este mismo, un mérito y una ventaja sobre los toreros de ayer.

—¿Tiene usted catalogado en el índice de antaño a su mejor torero o en el actual?

—Según se mire..., porque para mí los mejores toreros han sido y lo serán siempre; a través de mis impresiones de aficionado, Varejito, Vicente Pastor y Regaterín. Estos los primeros, sin quitarles a los demás su mérito, que yo soy el primero en reconocer.

—¿Ha actuado usted de monosabio fuera de España?

—Sí, señor: en muchas corridas celebradas en Francia y en Portugal.

—Como aficionado a la fiesta, ¿cuál ha sido la emoción más grande de su vida?

—La tarde que se celebró la corrida de despedida—¡la última corrida!—de la Plaza vieja. El último toro lo mató Marcial Lalanda, que estuvo, como la mayoría de las veces en su vida de torero, superiorísimo. Hizo una faena magnífica, dándose cuenta de que tenía que cerrar con broche de oro su actuación en aquella Plaza, y también de que era el adiós definitivo a la misma.

Fue mi emoción tan grande—se justifica Paquillo—, que no me avergüenza decir que lloré como un niño. Como se llora por las cosas queridas e irremisiblemente perdidas para siempre...

JUAN DE ALCARAZ

TEMAS TAURINOS

CON MULETA Y ESTOQUE

Por FELIPE SASSONE

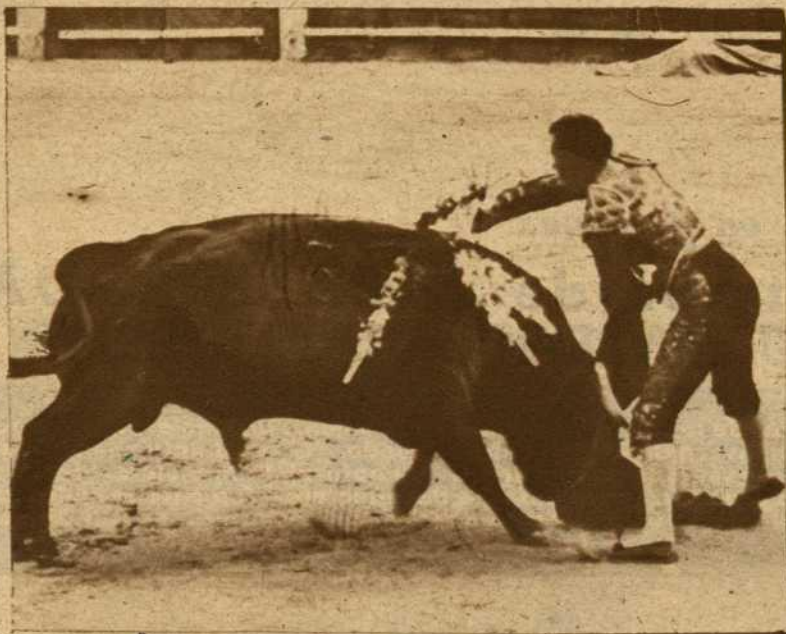
Con muleta y estoque, que es como se ejecuta con arte la suerte de matar, y por eso el trasteo forma parte integrante de ella.

¿Se pensó siempre así, desde que Francisco Romero inventó la muleta para «vaciar»? Seguramente, no. El único fin que llenaba el trapo era el de conseguir que el toro humillase, ansioso por cogerlo, desentendiéndose del cuerpo del matador, que así podía herir y pasar con más desahogo.

El torrear con la muleta vino después, cuando se vió que podía servir también para «cuadrar» al toro sin intervención de los peones. El pase natural surgió, como su nombre lo indica, naturalmente, y se dió por alto o por bajo, y el pase de pecho siguió como lógica consecuencia ante la necesidad, si se revolvía el toro, de repetir el lance en sentido contrario. Se torrea al enemigo para sigularlos, y la muleta no tuvo en sus principios ni eficacia de dominio ni gracia de adorno.

Tan cierta es la afirmación más arriba sentada, que revisteros antiguos, refiriéndose a una época muy posterior a la de los Romero y Costillares, y más aún a los días brillantes de Montes y El Chiclanero, cuentan cómo en cierta ocasión Manuel Domínguez y Campos, al encontrarse, inmediatamente después de brindar, con el toro igualado en el tercio, se onhiló y le entró a matar sin darle pase alguno. Y cuentan más: que como la estocada fué buena y suficiente, el público aplaudió. ¿Ocurriría lo mismo hoy con este público que grita al matador porque le parece que corta la faena cuando se arma para herir después de sólo diez o doce pases de muleta?

La decisión de Manuel Domínguez, si aplaudida en el momento por el efecto de la estocada, fué muy discutida después, porque entonces el trasteo, aunque no era ni tan vistoso ni tan variado como ahora, ya tenía cierta utilidad, y se consideraba indispensable que el diestro, aun en el caso de hallar cuadrado a su enemigo, le tanteara con el trapo para cerciorarse por sí mismo de las condiciones en que había quedado después de la suerte de banderillas. Manuel Domínguez se encontró al toro espuestos, y, ni corto ni perezoso, pero en verdad perezoso y corto, por ahorrarse trabajo y porque no era un muletero notable, le entró a matar. En aquellos tiempos, a pesar de todo lo que cuentan de la gracia de Curro Guillén, de la maestría de Francisco Montes y de la extensión de El Chiclanero, el torreo era seco, sobrio y duro, y don Manuel Domínguez, el famoso Desperdicios, que en el Puerto de Santa María se extrajo con sus propias manos el cuerno que le había herido en la garganta y fué a la enfermería por su pie, llevando en un pañuelo un ojo de su propia cara, era más hombre del campo que artista de una Plaza de Toros, más lidiador que torero y más espada que lidiador. Encontró las cosas a punto, y cortó por lo sano porque podía. Claro está que podía. A la carrera, a paso de banderillas, al en-



Martín Agüero en un "estoconazo hasta la bola". ¡Así se matan los toros a volapié!

cuencro, al revuelo de un pase con la izquierda, sin preparación ni cite previo, se puede matar con estoque cualquier toro aun apenas salido del chiquero. Pero todo eso es caza y no torreo, y, sobre todo, no es fiesta de arte. Si ya en los primeros tiempos de Manuel Domínguez, y desde mucho antes, era lógica costumbre que, aunque sin adornos, «aliñase» el diestro con la muleta al toro que tenía que matar, ¿cómo no ha-

bía de discutirse el hecho de una estocada sin pase alguno? Y ahora, desde hace mucho, desde que Lagartijo el Grande trajo las gallinas de la estética al torreo, ¿cómo no ha de protestar el público contra el espada que no teniendo delante a un pregonado intoreable le entra a matar sin darle un pase de muleta? Claro está que tampoco tiene razón cuando enamorado del adorno, sin atender a lo eficaz y conveniente, exige del torero la prolongación excesiva de su faena. El diestro ha de ahorrar con su muleta al toro que así lo requiera, y podrá lucirse a su gusto con el toro noble y pastueño que le consienta el alarde; pero no puede ni debe prolongar el trasteo porque se lo exija el público, ya que con ello se expone a que el toro se aplome en demasía, se «avise» y eche la cara por el suelo, haciendo imposible la buena ejecución de la suerte de matar. Por eso los buenos aficionados dicen del que mata a un toro aprovechando una igualdad casual, sin haberle pasado para igualarlo con sus manos, buscando precipitadamente el desenlace porque le pesa el enemigo y no sabe qué hacerse con él, que lo mató «verdes», y todo ello equivale a la cobardía de descabellarlo vivo, y del que se hartó de torrear más de la cuenta, porque no sabía igualarlo o porque le daba miedo entrar a matar, que se pasó de faena y descompuso por su propia culpa al caemigo.

El buen muletero que no sabe matar no es matador de toros, y el matador que hiere a los toros sin torrearlos no es buen torero, por donde ni uno ni otro son matadores completos. Los toros se matan con las dos manos: con la derecha, que es la que lleva el acero, pero también con la izquierda, que es la que pone al toro en condiciones de ser herido con probabilidades de acierto. El toro va cambiando en la lidia, y llega a manos del espada como una nueva incógnita, que hay que despejar con la muleta, y aquel que en la incógnita nueva no piense, se expone, después de haberle brindado el toro a un amigo o al público, seguro de que habría de hacer una gran faena, a ver cómo se le va vivo un enemigo cuyas dificultades no tuvo en cuenta ni supo dominar. Cada toro tiene su faena, su número de pases contados, ni uno más ni uno menos, y un sitio, uno solo, donde se dispone a morir, aunque él no sabe que va a la muerte, y en otro sitio no se deja matar ni muere como no lo mate la casualidad.

De todo ello, de lo que puede y debe hacerse con muleta y estoque, empezaremos a hablar poco a poco y metódicamente la semana que viene.

EL DOMINGO, EN VALENCIA

SEIS DE CRUZ E HIJOS Y DOS DE AYALA

MANOLO CORTÉS, PEDRO ROBREDO, FELIPE GONZALEZ y ANTONIO RANGEL



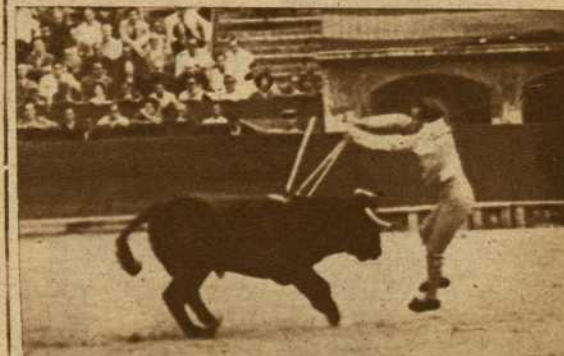
Manolo Cortés, Pedro Robredo, Felipe González y Antonio Rangel antes de la corrida



Cortés iniciando un pase de rodillas



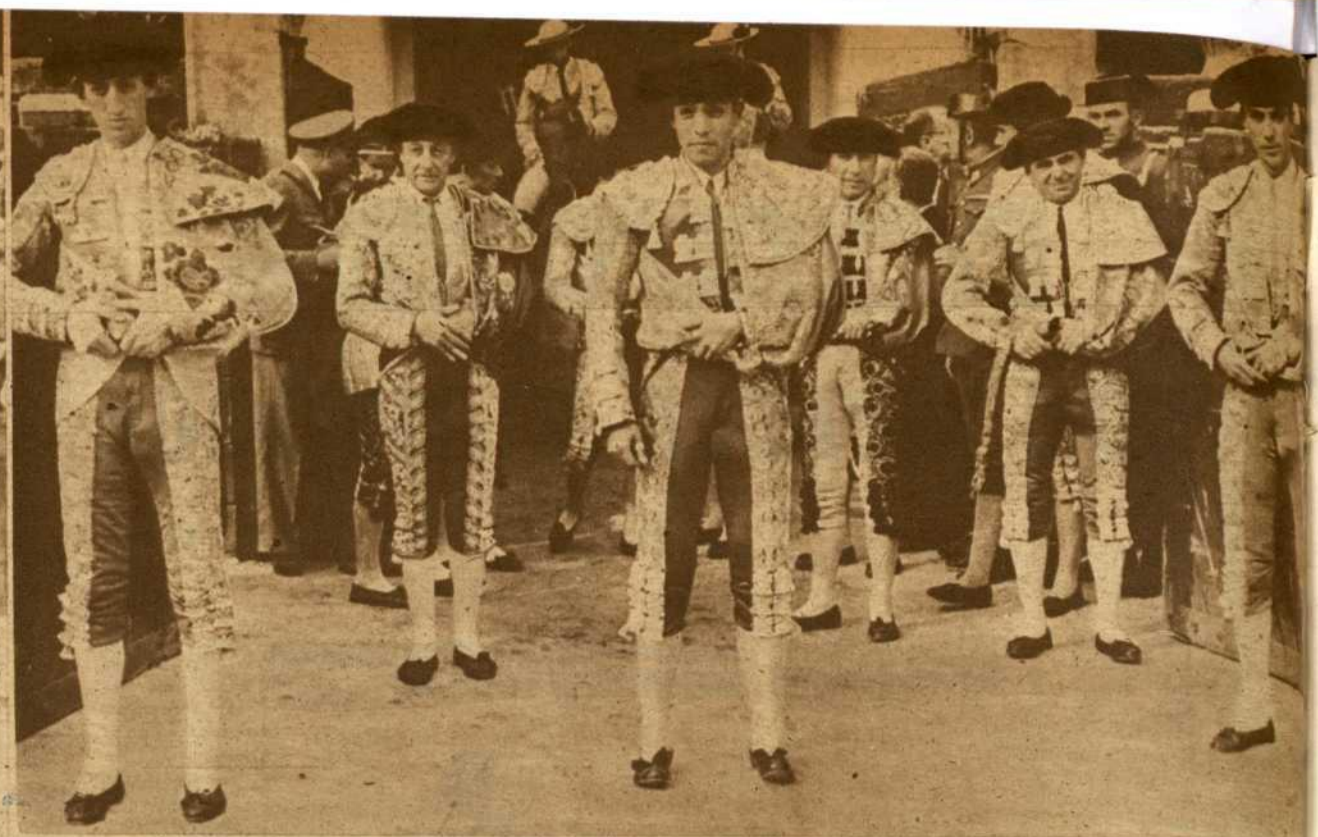
Pedro Robredo en un pase ayudado por alto



Felipe González en un par de banderillas



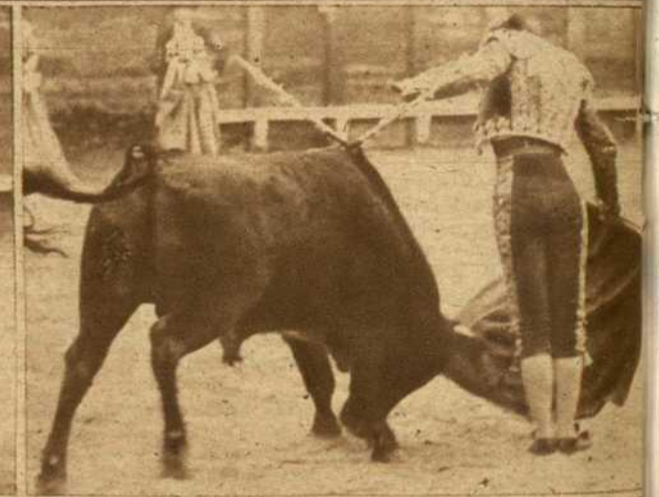
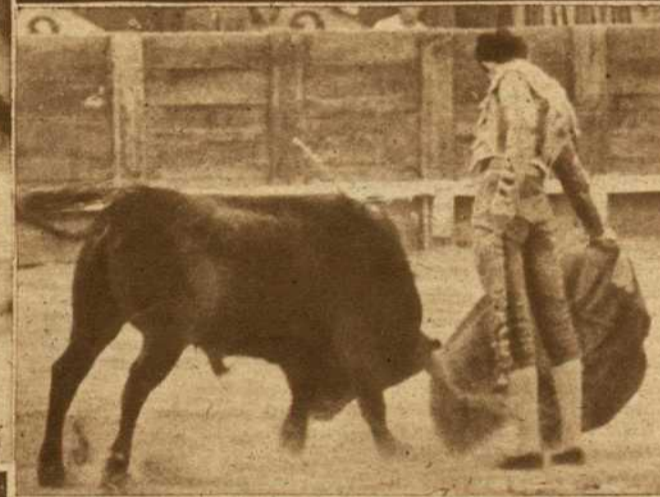
Antonio Rangel entrando a matar (Fotos Vidal.)



El lunes, en Aranjuez

SEIS toros de ALBASERRADA para EL ESTUDIANTE, MANOLETE y FERMIN RIVERA

Diez momentos de la corrida del lunes en Aranjuez. De izquierda a derecha y de arriba a abajo: Fermín Rivera dando la vuelta al ruedo. El Estudiante en un pase de rodillas.— Rivera en un pase sentado en el estribo. Un natural de Manolete.— Las cuadrillas antes de salir al ruedo. Un pase con la derecha de Manolete. El mejicano muleteando con la derecha.— El Estudiante en un muletazo en un redondo.— Un natural de Luis Gómez, y el paseo de las cuadrillas. (Fotos Baldomero)





En busca del buey

(Dibujo de Per'ra.)

